IRENEO FILALETEO

LA ENTRADA ABIERTA AL PALACIO CERRADO DEL REY

PREFACIO DEL AUTOR

I

Habiendo alcanzado yo, Filaleteo Filósofo Anónimo, los arcanos de la Medicina, de la Química y de la Física, he decidido componer este pequeño tratado en el año 1.645 de la redención del mundo y el trigésimo tercero de mi edad, a fin de pagar lo que debo a los hijos del Arte y para tender la mano a aquellos que se han extraviado en el laberinto del error, para que los Adeptos me vean como su par y su hermano; en cuanto a aquellos que han sido seducidos por los vanos discursos de los Sofistas, reconozcan y sigan la luz, gracias a la cual regresarán sin peligro. Presagio, en verdad, que no pocos serán alumbrados por mis trabajos.

II

No son en modo alguno fábulas, sino experiencias reales que he visto, hecho y conocido: el adepto lo inferirá fácilmente leyendo estas páginas, por ello, escribiéndolas para el bien del prójimo, me basta con declarar que nadie ha hablado de este arte tan claramente como yo; ciertamente, mi pluma ha dudado a menudo en escribirlo todo, deseoso que estaba por esconder la verdad bajo la máscara de la envidia. Pero Dios, sólo él conoce los corazones, me obligaba y no he podido resistirle; sólo a él sea la gloria en los siglos. Por lo que concluyo que, indudablemente, muchos en esta última edad del mundo tendrán la dicha de poseer este secreto; pues he escrito lealmente, no dejando al estudioso principiante ninguna duda por satisfacer plenamente.

III

Y se ya que muchos, como yo, poseen este secreto, y estoy persuadido de que hay muchos otros más, con los que próximamente entraré, por así decirlo, en una familiar y cotidiana comunicación. Que la santa voluntad de Dios haga lo que le plazca, me reconozco indigno de operar estas cosas tan admirables: sin embargo adoro en ello a la santa voluntad de DIOS, a la que deben estar sometidas todas las criaturas, pues es en función de él solamente que las creó y las mantiene creadas.

I

DE LA NECESIDAD DEL MERCURIO DE LOS SABIOS PARA LA OBRA DEL ELIXIR

I

Quienquiera que desee poseer este Toisón de Oro, debe saber que nuestro polvo aurífico, al que llamamos nuestra piedra, es el Oro, sólo que digerido hasta el más alto grado de pureza y de fijación sutil a que pueda ser llevado, tanto por la naturaleza como por la sagacidad del arte. Convertido en esencia, este oro ya no es del vulgo, lo llamamos nuestro oro; es el grado supremo de perfección de la naturaleza y del arte. Podría, a este respecto, citar a todos los Filósofos, pero no tengo necesidad de testigos, pues yo mismo soy un Adepto y escribo con más claridad que ninguno hasta ahora. Que me crea aquél que quiera, que me desapruebe aquél que pueda, que se me censure incluso, si alguien lo desea: sólo se irá a parar a una profunda ignorancia. Los espíritus demasiado sutiles, declaro, sueñan quimeras, pero el diligente hallará la verdad siguiendo la vía simple de la naturaleza.

II

El oro es pues el único y verdadero principio a partir del cual puede producirse oro. Sin embargo, nuestro oro, que es necesario para nuestra obra, es de dos clases. Uno, fijo, llevado a la madurez, es el Latón rojo, cuyo corazón o centro es un fuego puro. Por ello su cuerpo se defiende en el fuego, en el que recibe su purificación, sin ceder nada a la violencia de aquél o sin sufrir por ello. Este oro, en nuestra obra, hace el papel de macho. Se le une nuestro oro blanco, más crudo (que es nuestro segundo oro, más crudo) en cierto modo como simiente femenina, con el que se una y en el que deposita su esperma. Se unen (*coit*) el uno con el otro en un lazo indisoluble en el que se forma nuestro Hermafrodita, que tiene el poder de ambos sexos. Así el oro corporal está muerto antes de ser unido a su novia, con la que el azufre coagulante, que en el oro es exterior (*extraversum*) se invierte. Entonces se esconde la grandeza (*altitudo*) y se manifiesta la profundidad. Así, el fijo se hace volátil por un tiempo a fin de poseer un estado más noble por su herencia, gracias al que obtendrá una fijeza muy poderosa.

III

Así pues, se ve que todo el secreto consiste en el Mercurio, del cual el Filósofo dice: "En el Mercurio se encuentra todo lo que buscan los Sabios". Respecto a ello, Geber declara: "Alabado sea el Altísimo, que ha creado a nuestro Mercurio y que le ha dado una naturaleza que lo sobrepasa todo". Ciertamente, en efecto, si éste no existiera, los Alquimistas no podrían glorificarse, Y la obra Alquímica sería vana. Está claro, por consiguiente, que este Mercurio no es el vulgar, sino el de los Sabios. Pues todo Mercurio vulgar es macho, osea corpóreo, especificado y muerto, mientras que el nuestro es espiritual, femenino, vivo y vivificante.

IV

Prestad pues atención a todo lo que diré del Mercurio, porque, según el Filósofo, "nuestro Mercurio es la sal de los Sabios, sin la que, quienquiera que deseara operar, sería como un arquero que disparase flechas sin cuerda". Y sin embargo, no se le puede encontrar en ningún lugar sobre la tierra. No obstante, el hijo es formado por nosotros, no creándolo, sino extrayéndolo de las cosas que lo encierran, con la cooperación de la naturaleza, de un modo admirable, por un arte muy sagaz.

II

DE LOS PRINCIPIOS QUE COMPONEN AL MERCURIO DE LOS SABIOS

I

La intención de aquellos que se aplican en este arte es de purgar el Mercurio de diferentes maneras: unos los subliman añadiéndole sales y lo purgan de diversas impurezas, otros lo vivifican únicamente por si mismo y afirman, con la repetición de estas operaciones, haber fabricado el Mercurio de los Filósofos; pero se equivocan, pues no operan en la naturaleza, que sólo es mejorada en su naturaleza. Que sepan que nuestra agua compuesta de numerosas substancias, es sin embargo una cosa única, hecha de diversas substancias coaguladas a partir de una única esencia. Esto es lo que se requiere para la preparación de nuestra agua (en nuestra agua, en efecto, se encuentra nuestro dragón ígneo); en primer lugar, el fuego que se encuentra en todo; en segundo lugar el licor de la Saturnia vegetal; en tercer lugar el vínculo del Mercurio.

II

El fuego es de un azufre mineral, sin embargo no es propiamente mineral y menos aún metálico, está entre el mineral y el metal sin participar en ninguna de estas dos substancias. Caos o espíritu, en efecto, nuestro dragón ígneo que lo vence todo, es sin embargo penetrado por el olor de la Saturnia vegetal, y su sangre se coagula con el jugo de la Saturnia en un solo cuerpo admirable; y no es sin embargo un cuerpo, pues es totalmente volátil; ni un espíritu, porque en el fuego parece metal fundido. Es pues un caos que hace de madre al resto de los metales, pues sé extraer de él todas las cosas, incluso el sol y la luna, sin emplear el Elixir Transmutatorio, lo que puede ser atestiguado por aquél que como yo lo ha visto. Llamamos a este Caos nuestro arsénico, nuestro aire, nuestra luna, nuestro imán, nuestro acero, pero siempre bajo aspectos diferentes, porque nuestra materia pasa por varios estados antes de que del menstruo de nuestra meretriz sea extraída la Diadema Real.

III

Aprended pues quienes son los compañeros de Cadmo, cual es la serpiente que los devoró y cual es esta encina hueca donde Cadmo traspasó a esta serpiente. Sabed quienes son las palomas de Diana, que venció al león cautivándolo; este león verde que es realmente el dragón Babilonio que todo lo mata con su veneno. Sabed finalmente lo que es el Caduceo de Mercurio, con el que opera maravillas, y quienes son estas ninfas a las que instruye encantándolas, si queréis alcanzar el objeto de vuestros deseos.

III

DEL ACERO DE LOS SABIOS

I

Los sabios Magos han transmitido a sus sucesores numerosas enseñanzas a propósito de su Acero, y le atribuyeron un valor considerable. Por ello, entre los Alquimistas, han habido numerosas disputas para saber que tenía que entenderse por el nombre de Acero. Cada uno de ellos lo ha interpretado a su manera. El autor de la *Nueva Luz* ha escrito a cerca de él de una manera sencilla aunque oscura.

II

Yo, para no ocultar nada por envidia a los inquisidores de arte, lo describiré sinceramente. Nuestro Acero es la verdadera llave de nuestra obra, sin la cual no puede ser encendido el fuego de la lámpara por ningún artificio: en la mina del oro; el espíritu muy puro entre todos, es el fuego infernal, secreto, extremadamente volátil en su género, el milagro del mundo, el fundamento de las virtudes superiores en las inferiores, por lo cual el Todopoderoso lo ha señalado con este signo notable por el cual la natividad fue anunciada por Oriente (per Orientem annunciatur). Los Sabios lo vieron en Oriente y se quedaron estupefactos; y, sin retroceder, reconocieron que un rey Purísimo había nacido en el mundo.

III

Tú, cuando divises su estrella, síguela hasta su Cuna: allí verás a un bello niño. Separando las inmundicias, honra a este retoño Real, abre el tesoro, ofrécele dones de oro y, después de la muerte, te dará su carne y su sangre, medicina suprema para los tres reinos de la tierra.

IV

DEL IMÁN DE LOS SABIOS

I

Así como el Acero es atraído hacia el Imán, y que el Imán se vuelve espontáneamente hacia el Acero, así el Imán de los Sabios atrae a su Acero. Por ello, siendo el acero la mina del oro, del mismo modo, nuestro Imán es la verdadera mina de nuestro Acero.

II

Notifico, por otra parte, que nuestro Imán tiene un centro oculto, donde abunda la sal, que es un menstruo en la esfera de la luna, que renueva al Oro al calcinarlo. Este centro se vuelve espontáneamente hacia el Polo, en el que la virtud de Acero es exaltada por grados. En el Polo está el corazón de Mercurio, que es un verdadero fuego en el que reposa su Señor. Navegando por este gran mar, para alcanzar una y otra Indias, gobierna su curso por la presencia (*per aspectum*) de la estrella del norte, que te hará aparecer a nuestro Imán.

III

El Sabio se alegrará, pero el necio hará poco caso de ello y no se instruirá en la sabiduría aunque haya visto al polo central vuelto hacia el exterior (*extraversum*) y marcado con un signo notable del Todopoderoso. Son tan obstinados que aunque vieran estas maravillas, no abandonarían sus sofismas ni entrarían en el camino recto.

V

EL CAOS DE LOS SABIOS

I
Que el hijo de los Filósofos escuche a los Sabios que unánimemente concluyen que esta obra debe ser comparada a la creación del universo. Pues, en el principio, Dios creó el cielo y la tierra, y la tierra estaba desocupada y vacía y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo y el espíritu de Dios era llevado sobre la faz de las aguas, y dijo Dios: "Que sea la luz" y la luz fue.
II
Estas palabras serán suficientes para los hijos del arte. En efecto, es preciso que el cielo sea unido (*conjungi*) con la tierra encima del lecho nupcial (*thronum amiticiae ac amoris*). Así reinará con honor sobre la vida universal. La tierra es un cuerpo pesado, matriz de los minerales, a los que conserva secretamente en si misma, aunque llevando hacia la luz a los árboles y a los animales. El cielo es allí donde los grandes luminares, junto con los astros, ejecutan sus revoluciones y comunican a través de los aires sus fuerzas a los seres inferiores; pero en el principio todos los cuerpos confundidos formaban el caos.
III
He aquí que de manera clara os descubro santamente la verdad: en efecto, nuestro caos es como una tierra mineral, respecto a su coagulación, y es, no obstante, un aire volátil en el interior del cual se encuentra el Cielo de los Filósofos, en su centro que es verdaderamente astral, irradiando su esplendor (*iubare*) hasta la superficie de la tierra. Y, ¿Quién es el Mago lo suficientemente sabio como para inferir que ha nacido un nuevo Rey, más poderoso que todos los otros, que redimirá a sus hermanos de la impureza original, que debe morir y ser exaltado a fin de que dé su carne y su sangre para la vida del mundo?
IV
¡Oh dios lleno de bondad! ¡Qué admirables son tus obras! Han sido hechas por ti y es un milagro que aparece ante nuestros ojos. Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber escondido estas maravillas a los sabios y a los prudentes para revelarlas a los niños pequeños.

VI

EL AIRE DE LOS SABIOS

I

La Extensión o el Firmamento son llamados Aire en las Sagradas Escrituras. Nuestro Caos es también llamado Aire, y en esto hay un notable secreto ya que, del mismo modo que el aire Firmamental es el separador de las aguas, el nuestro lo es igualmente.

Nuestra obra es pues, verdaderamente, un sistema armónico del mundo mayor. En efecto, las aguas que están debajo del firmamento nos son visibles a nosotros que vivimos encima de la tierra; pero las aguas superiores escapan a nuestra vista a causa de su alejamiento. Del mismo modo, en nuestro Microcosmos, hay aguas minerales salidas del centro que se manifiestan, pero aquellas que están encerradas en el interior, escapan a nuestra vista y, sin embargo, existen en realidad.

II

Son las aguas de las que habla el autor de la *Nueva Luz*: existen, pero no aparecen mientras no le place al Artista. Así, del mismo modo que el aire hace una separación entre las aguas, así nuestro aire impide la entrada de las aguas excentrales hasta aquellas que están en el centro. Pues si entraran allí y se mezclaran, quedarían unidas por una unión indisoluble.

III

Os diré, pues, que el azufre externo, vaporoso, se adhiere con tenacidad cuando está caliente a nuestro caos, que no puede resistir su tiranía aunque, puro, huye volando del fuego bajo la apariencia de un polvo seco. Si sabes regar esta tierra árida con un agua de su misma naturaleza, ensancharás sus poros y este ladrón externo será arrojado fuera junto con los operadores de la corrupción; el agua será purgada por la adición de un verdadero azufre, de sus leprosas inmundicias y del humor hidrópico superfluo y poseerás la fuente del Conde Trevisano, cuyas aguas están particularmente dedicadas a la Virgen Diana.

IV

Este ladrón está armado de una malignidad arsenial inútil a la que el joven alado aborrece y huye. Y aunque el agua central sea su novia, no osa, sin embargo, manifestar el amor tan ardiente que siente por ella a causa de las acechanzas del ladrón, cuyas astucias son casi inevitables. Que Diana te sea propicia aquí, ella que sabe domar a las fieras salvajes y cuyas Dos Palomas (que fueron encontradas volando sin alas en los bosques de la Ninfa Venus) templarán con sus plumas la malignidad del aire; porque el joven entra fácilmente a través de los poros, sacude inmediatamente las aguas polares superiores, que no han sido paralizadas (*stupefactas*) por los malos olores y suscita una nube sombría: agitarás las aguas hasta que aparezca la blancura de la luna, y de este modo las tinieblas, que estaban sobre la faz del abismo, serán disipadas por el espíritu que se mueve en las aguas.

V

Así, por orden de Dios, aparecerá la luz. Separa siete veces la luz de las tinieblas y esta creación Filosófica del Mercurio estará acabada; y el séptimo día será para ti el Sabbat de reposo; desde este momento hasta el final de la revolución del año, podrás esperar la generación del hijo del Sol sobrenatural, que vendrá al mundo cerca del final de los siglos, para liberar a sus hermanos de toda impureza.

VII

DE LA PRIMERA OPERACIÓN DE LA PREPARACIÓN DEL MERCURIO DE LOS FILÓSOFOS POR LAS ÁGUILAS VOLADORAS

I

Has de saber, hermano mío, que la preparación exacta de las Águilas de los Filósofos es el primer grado de la perfección, para cuyo conocimiento se requiere un temperamento apropiado. No creas que, en efecto, esta ciencia haya llegado a ninguno de nosotros por casualidad o por una imaginación fortuita, como lo cree estúpidamente el vulgo ignorante; alcanzar la verdad nos ha costado un trabajo largo y pesado, hemos pasado muchas noches sin dormir, muchos sudores y penas. Por eso tú, estudioso principiante, has de saber con certeza que, sin esfuerzo y sin trabajo, no llevarás a cabo nada ni podrás operar al principio. Aunque luego es la naturaleza quien hace sola el trabajo, sin que tengas que poner la mano, si no es para aplicar exteriormente, un fuego moderado.

II

Comprende pues, Hermano, lo que dicen los Sabios cuando escriben que deben conducir a sus Águilas a devorar al León; cuantas menos Águilas hay, más ruda es la batalla e igualmente tardía la victoria. Pero la operación se presta a ejecutarse perfectamente con un número de siete o nueve Águilas. El Mercurio Filosófico es el pájaro de Hermes, ora llamado Ansar, ora faisán, ora esto, ora lo otro.

III

Donde los Magos hablan sinceramente de sus Águilas, hablan en plural y cuentan entre tres y diez de ellas. No quieren sin embargo entender con ello que tenga que unirse a un peso dado de tierra tantas medidas como Águilas dicen, pero sus palabras deben interpretarse como hablando del peso interno o de la fuerza del fuego; o sea que hay que tomar agua tantas veces como Águilas cuentan y esta Aguación se hace por sublimación. Por consiguiente, una sublimación del Mercurio de los Filósofos corresponde a un Águila y la séptima sublimación exaltará a tu Mercurio hasta hacértelo muy conveniente para el Baño del Rey.

IV

Así, para desatar esta dificultad, lee con atención lo que sigue: Toma cuatro partes de nuestro Dragón ígneo que esconde en su vientre el Acero mágico y nueve partes de nuestro Imán; mézclalas con la ayuda del tórrido Vulcano, en forma de agua mineral donde flotará una espuma que debe ser apartada. Rechaza la cáscara y escoge el Núcleo, púrgalo tres veces por el fuego y la sal, lo que se hará fácilmente si Saturno ha reconocido su imagen en el espejo de Marte.

V

De ello nacerá el Camaleón, o sea nuestro Caos, donde están ocultos todos los secretos no en acto, sino en potencia. Este es el niño Hermafrodita, que ha sido envenenado desde la cuna por la mordedura del rabioso Perro de Jorasán, por lo cual una Hidrofobia perpetua o miedo al agua lo ha vuelto necio e insano. Aunque el agua es el elemento natural que está más cerca de él, le tiene horror y huye de ella. ¡Oh Destinos!

VI

Con todo eso, se encuentran en el bosque de Diana dos palomas que suavizan su rabia insensata (si son aplicadas con el arte de la Ninfa Venus). Entonces para impedir que vuelva a padecer esta hidrofobia, sumérgelo en las aguas donde perecerá. Entonces el Perro Negruzco Enrabiado, incapaz de soportar las aguas, subirá sofocado hasta la superficie; apártalo lejos, provocando su fuga mediante lluvia y golpes: así desaparecerán las tinieblas.

VII

Brillando la luna en su plenilunio, dale alas al Águila, que volará dejando muertas tras ella a las palomas de Diana que, si no son muertas en el primer encuentro, no sirven para nada. Reitera esto siete veces y, finalmente, hallarás el reposo no teniendo simplemente más que cocer, lo que es la tranquilidad más sosegada o un juego de niños y un trabajo de mujeres.

VIII

DEL TRABAJO Y DEL FASTIDIO DE LA PRIMERA OPERACIÓN

I

Algunos Químicos ignorantes se imaginan que toda nuestra obra, desde el principio hasta el final, no es más que pura recreación, donde sólo hay placer, y que las dificultades residen verdaderamente fuera de este trabajo; pues bien, que disfruten impunemente con su opinión. En la obra, que tan fácil estiman, gracias a sus ociosas operaciones, cosecharán frutos absolutamente vacíos. En cuanto a mí, sé que después de la bendición Divina y un buen principio, las primeras cosas no pueden obtenerse más que con trabajo, ingeniosidad y asiduidad.

II

Y ciertamente no hay trabajo tan fácil que pueda considerarse como un juego o una recreación y que conduzca al fin tan buscado. Al contrario, como dice Hermes ninguna inspiración ni trabajo deben ahorrarse. De otro modo lo que el Sabio ha predicho en parábolas se verificará: a saber, que los deseos del perezoso lo harán perecer. No es sorprendente que tanta gente que trabaja en la Alquimia sean reducidos a la pobreza, ya que huyen del trabajo aunque no temen el gasto.

III

Pero nosotros que conocemos ésto y que hemos trabajado, sabemos con certeza que ningún trabajo es más fastidioso que nuestra primera preparación. Por esto, Morien advierte seriamente al Rey Calid diciendo: muchos sabios se han lamentado del fastidio que causa esta operación. No quiero que se entienda ésto en sentido figurado, puesto que no considero las cosas tal como aparecen en el comienzo de la obra sobrenatural, sino tal como las encontramos desde el principio. *Disponer con habilidad la materia*, dice el Poeta, *he aquí el trabajo, la obra*. Y añade: *Uno (Jasón), desde una cima conocida te muestra el Toisón de oro. El otro (Hércules) cuanto trabajo has de padecer para consumir esta impureza que está sobre la masa pesada y bruta.*

Ésto es lo que ha hecho decir al célebre Autor del *Secreto Hermético* que el primer trabajo es un trabajo de Hércules.

IV

Se encuentran efectivamente en nuestros principios muchas superfluidades heterogéneas imposibles de reducir a la pureza (la conveniente para nuestra obra) y que hay que purgar hasta el fondo, lo que es imposible de hacer si se ignora la Teoría de nuestros Secretos, mediante la cual enseñamos a extraer la Diadema Real del menstruo de la meretriz. Una vez conocido este medio, se requiere aún un gran trabajo, tanto que, como dice el Filósofo, varios abandonaron la obra inacabada a causa de las terribles dificultades.

V

No creáis sin embargo que una mujer no pueda emprender esta obra, si la considera como un trabajo serio y no como un juego. Pero una vez preparado el Mercurio al que Bernardo Trevisano llama su fuente, se penetra al fin en el descanso que es mucho más deseable que todos los trabajos, según dice el Filósofo.

IX

DE LA VIRTUD DE NUESTRO MERCURIO SOBRE TODOS LOS METALES

I

Nuestro Mercurio es aquella serpiente que devoró a los compañeros de Cadmo, lo que no debe extrañarnos, pues había devorado anteriormente al mismo Cadmo que era más robusto que los otros. Sin embargo, al final, Cadmo la traspasará cuando gracias a la virtud de su azufre la haya coagulado.

II

Has de saber que nuestro Mercurio domina a todos los cuerpos Metálicos y puede resolverlos en su primera materia Mercurial separando sus azufres. Has de saber también que el Mercurio de una, dos o tres Águilas impera sobre Saturno, Júpiter y Venus. De tres a siete Águilas, impera sobre la Luna; finalmente, impera sobre el Sol de siete a diez Águilas.

III

Así os notifico que nuestro Mercurio está más próximo del primer ser de los metales que ningún otro Mercurio, por lo que penetra radicalmente en los Cuerpos Metálicos y manifiesta las profundidades escondidas de éstos.

X

DEL AZUFRE QUE SE ENCUENTRA EN EL MERCURIO FILOSÓFICO

I

Lo más admirable de todo es que en nuestro Mercurio se encuentra un azufre no sólo actual, sino también activo y verdadero que conserva sin embargo todas las proporciones y la forma del Mercurio. Es necesario que esta forma haya sido introducida en él por nuestra preparación: esta forma es un azufre Metálico y este azufre es un fuego que corrompe al sol compuesto o dispuesto.

II

Este fuego sulfuroso es la simiente espiritual que nuestra Virgen (permaneciendo no obstante inmaculada) recoge, pues la Virginidad puede soportar un amor espiritual sin ser corrompida, como la experiencia y el Autor del *Secreto Hermético* lo demuestran. Es gracias a este Azufre que nuestro Mercurio es Hermafrodita o sea que contiene al mismo tiempo, a partir del mismo grado visible de digestión, un principio activo y un principio pasivo. Si es unido al Sol, lo ablanda y lo disuelve por el calor templado que exige el compuesto; por el mismo fuego, se coagula a sí mismo produciendo por su coagulación al Sol y la Luna según el deseo del Artista.

III

Esto te parecerá quizás increíble, pero es cierto que el Mercurio Homogéneo, puro y limpio llenado con un azufre interno por nuestro artificio, se coagula a sí mismo por la acción de un calor exterior conveniente. Esta coagulación se hace en forma de una flor de leche que nada encima de ella como una tierra sutil sobre las aguas. Pero cuando se le une al Sol, no sólo no se coagula sino que el compuesto manifiesta todos los días un aspecto más blando hasta que, estando bien disueltos los cuerpos, los espíritus comienzan a coagularse tomando un color muy negro y un olor muy fétido. Así pues es evidente que este azufre espiritual de los Metales es verdaderamente el primer motor que hace dar vueltas a la rueda y girar al eje. Este Mercurio es verdaderamente un oro volátil, que no está suficientemente digerido, pero bastante puro, por ello, por una simple digestión, se transforma en Sol. Pero si se une a un sol ya perfecto, no se coagula; pero disuelve al oro corporal, con el que queda, después de la disolución, bajo la misma forma; sin embargo, la muerte debe preceder necesariamente a la unión perfecta para que, después de la muerte, sean unidos simplemente no en una perfección, sino en mil perfecciones.

XI

DE LA INVENCIÓN DEL MAGISTERIO PERFECTO

I
En otro tiempo, los Sabios penetraron en este arte sin el socorro de los libros, de la siguiente manera: fueron llevados a comprenderlo por la voluntad de Dios. No creo, en efecto, que ninguno lo haya poseído por una revelación inmediata, salvo tal vez Salomón, cuestión que prefiero no resolver. Pero aún cuando lo hubiera adquirido de esta manera, nada impide que lo haya obtenido por la búsqueda, ya que había pedido únicamente la Sabiduría, que Dios le dio para que con ella poseyera la riqueza y la paz. Nadie sano de espíritu podría negar que aquél que ha sondeado la naturaleza de las plantas y de los árboles, desde el Cedro de Líbano hasta el Hisopo y la Parietaria, no haya conocido paralelamente la naturaleza de los minerales, cuyo conocimiento no es menos agradable.
II
Pero volviendo a nuestro asunto, afirmo que es verosímil creer que los primeros Adeptos que se adueñaron de este Magisterio, entre los que coloco a Hermes, estando desprovistos de libros, no buscaron al principio la máxima perfección, sino que se contentaron simplemente con exaltar los metales imperfectos a la dignidad Real. Y como se dieron cuenta de que todos los cuerpos Metálicos tenían un origen Mercurial, y que el Mercurio era en cuanto al peso y a la Homogeneidad similar al más perfecto de los Metales, el Oro, se propusieron llevarlo a la madurez del Oro, pero no pudieron llevarlo a cabo con ningún fuego.
III
Por lo que consideraron que para tener éxito, el calor exterior del fuego tenía que ser acompañado por un fuego interior. Han buscado por consiguiente este calor en varias cosas. Primeramente extrajeron por destilación (*extillarunt*) aguas extremadamente ardientes de los minerales menores, con las que corroyeron el Mercurio, pero no pudieron por esta vía, cualquiera que fuese el artificio empleado, hacer que el Mercurio cambiara sus cualidades intrínsecas, ya que todas estas aguas Corrosivas no eran sino agentes exteriores, del mismo modo que el fuego, aunque de un modo diferente; y estos menstruos, como ellos los llamaron no permanecían con el cuerpo disuelto.
IV
Por esta firme razón rechazaron todas las sales, excepto una, que es el primer ser de todas las sales, que disuelve a todos los metales y de la misma manera coagula al Mercurio; pero esto no se hace más que por una vía violenta. Por lo cual un agente de esta clase se separa de nuevo de los cuerpos que ha disuelto, sin perder nada de su peso ni de sus cualidades. Por lo que los Sabios reconocieron al final que en el Mercurio había crudezas acuosas e impurezas terrosas que, profundamente incrustadas, impedían que fuera digerido, y que no podían ser eliminadas más que por la inversión de todo el compuesto. Aprendieron, digo, que si podían liberarlo de sus escorias, conseguirían volver fijo al Mercurio. En verdad, éste contiene en sí mismo un azufre fermentativo del que la más mínima porción (*granum*) sería suficiente para coagular todo el cuerpo mercurial, si se pudieran separar todas sus impurezas y crudezas. Por este motivo, intentaron varias purgaciones, pero en vano, puesto que esta operación requiere una mortificación y una regeneración para las que es necesario un agente interior.
V
Y finalmente aprendieron que el Mercurio había sido destinado para formar los metales en las entrañas de la tierra, para lo que conservaba un movimiento continuo tanto tiempo como el lugar y los otros caracteres exteriores permanecían bien dispuestos. Pero si se producía por casualidad algún transtorno, este joven inmaduro caía por su propio impulso, de tal modo que aparecía privado de movimiento y de vida, siendo verdaderamente imposible el regreso de la privación a la salud.
VI
Hay un azufre pasivo en el Mercurio que tendría que ser activo; hay que introducirle, por lo tanto, otra vida, de su misma naturaleza, que suscite la vida latente del Mercurio. De este modo la vida recibe a la vida; entonces, finalmente, (el Mercurio) es cambiado radicalmente y rechaza espontáneamente de su Centro a las impurezas y escorias, como ya lo escribimos

suficientemente en los capítulos precedentes. Esta vida se encuentra solamente en el azufre metálico; los sabios lo buscaron en Venus y en substancias semejantes, aunque en vano.

VII

Finalmente, se interesaron en la estirpe de Saturno y probaron su acción sobre el oro. Y como tenía fuerza para desembarazar al oro maduro de sus impurezas, se dejaron llevar por el argumento de que, más o menos, tendría la misma acción sobre el Mercurio. Pero comprobaron experimentalmente que retenía sus mismas escorias y se acordaron del Proverbio que dice: *Sé puro, tú que quieres purificar a los demás*. Comprendieron que era imposible, a pesar de sus esfuerzos, purgarlo enteramente, ya que en su azufre no había nada metálico, aunque en él abundaba la sal más pura de la naturaleza.

VIII

Así pues, vieron que en el Mercurio había muy poco azufre y que éste era únicamente pasivo, por lo que no encontraron azufre activo en esta descendencia de Saturno, sino sólo (azufre) en potencia. Por lo que la unieron a un azufre arsenical ardiente, sin el que se vuelve loca y no puede subsistir en forma coagulada, y es tan estúpida que prefiere convivir con este enemigo que la tiene fuertemente encarcelada, cometiendo libertinaje, antes que renunciar a él y aparecer bajo una forma Mercurial.

IX

Por lo que, buscando más lejos este azufre activo, los Magos lo pidieron y lo encontraron encerrado en lo más interior de la casa del carnero. El hijo de Saturno lo ha acogido con avidez, siendo purísima, muy tierna y muy próxima al primer ser de los metales su materia metálica, completamente privada de azufre activo pero capacitada para recibir azufre. Por lo que atrae hacia sí como un Imán, absorbiéndolo y escondiéndolo en su vientre. Y el Todopoderoso le imprime su sello real. Entonces, los Magos se alegraron, no sólo por haber encontrado el azufre, sino también por verlo totalmente preparado.

X

Finalmente, intentaron purgar el Mercurio con él, pero su trabajo fue inútil, ya que en este hijo de Saturno había una malignidad arsenical mezclada de azufre absorbida en él, y a pesar de ser muy poca respecto a la gran cantidad que el azufre posee en su naturaleza, impedía sin embargo la unión de este azufre con el Mercurio. Por ello intentaron templar esta malignidad del aire por las Palomas de Diana y les respondió el éxito. Mezclaron entonces la vida con la vida, humedecieron la seca mediante la líquida, animaron la pasiva por la activa y vivificaron la muerta por la viva. Así, el Cielo estuvo nublado por un tiempo pero, tras abundantes lluvias, ha recobrado la serenidad.

XI

De allí salió el Mercurio Hermafrodita. Lo pusieron sobre el fuego y en un tiempo de ningún modo largo, lo coagularon, encontrando en su coagulación al sol y a la luna.

XII

Finalmente, vueltos en si mismos, (estos Sabios) notaron que el Mercurio así purificado, no coagulado aún, no era todavía un metal, pero sí lo suficientemente volátil como para no dejar ningún depósito en el fondo del vaso durante su destilación. Por lo que los llamaron su sol inmaduro y su luna viva.

XIII

Consideraron del mismo modo que ya que era verdaderamente el primer ser del oro, sin embargo volátil, podía convertirse en el campo donde, una vez sembrado, el Sol aumentaría en virtud. Por lo tanto, colocaron allí al sol y, ante su estupor, lo que era fijo se volvió volátil, lo duro se ablandó y lo que estaba coagulado se disolvió para la sorpresa de la naturaleza misma.

XIV

Por lo que casaron a estos dos cuerpos, los encerraron en un vaso de vidrio y los colocaron sobre el fuego y dirigieron el resto de la obra durante un largo periodo, como lo exige la naturaleza. Así fue vivificado el muerto y murió el vivo, se pudrió el cuerpo y el espíritu resucitó con gloria y el alma fue exaltada en una Quintaesencia, medicina suprema para los animales, vegetales y minerales.

XII

DE LA MANERA DE REALIZAR EL PERFECTO MAGISTERIO EN GENERAL

I

Debemos dar a Dios eterna acción de gracias por habernos mostrado estos arcanos de la naturaleza que ha escondido a los ojos de la mayoría. Descubriré, pues, fiel y gratuitamente a los demás buscadores lo que me ha sido dado gratuitamente por este supremo dador. Has de saber, por consiguiente, que en nuestra operación no existe mayor secreto que la colaboración de las naturalezas, una sobre la otra, hasta que gracias a un cuerpo crudo se extraiga una virtud muy digerida de un cuerpo digerido.

II

Para ello se requiere:

Primero la provisión (*comparatio*), la preparación y la adaptación exacta de los ingredientes que entran en la obra.

Segundo, una buena disposición exterior.

Tercero, preparadas así las cosas, se requiere un buen régimen.

Cuarto, hay que conocer de antemano los colores que aparecen en el transcurso de la obra, para no proceder a ciegas.

Quinto, paciencia, para que la obra no sea llevada apresuradamente y con precipitación.

De lo que vamos a hablar en orden con una sinceridad fraternal.

XIII

DEL USO DE UN AZUFRE MADURO EN LA OBRA DEL ELIXIR

I

Ya hemos hablado de la necesidad del Mercurio y hemos transmitido, a propósito de él, numerosos secretos que antes de mí estaban sin conocer en el mundo, porque casi todos los libros de química están llenos de oscuros enigmas, de operaciones Sofísticas o incluso de montones de palabras escabrosas.

Verdaderamente, yo no he hecho lo mismo, sometiendo así mi voluntad al beneplácito divino, que en este último período del mundo me parece querer revelar estos tesoros. Por lo que no creo que el arte se envilezca y desaparezca. Esto no puede ocurrir, pues la verdadera sabiduría se guarda a sí misma en honra eternamente.

II

Finalmente, ojalá que el Oro y la Plata, estos grandes ídolos que el mundo entero ha adorado hasta ahora, fueran de tan poco valor como el estiércol ¡Entonces, nosotros, que somos duchos en este arte, no estaríamos obligados a escondernos!; nosotros, que nos creemos ya cargados de la misma maldición que Caín (¡llorando y suspirando!) casi parece que estemos apartados de la faz del Señor y de la dulce sociedad de nuestros amigos, de la que disfrutábamos sin temor antaño. Ahora vivimos verdaderamente agitados como si estuviéramos asediados por las furias y no podemos creernos seguros por algún tiempo en ninguna parte, gimiendo y repitiendo a menudo la lamentación de Caín a Dios: "Cualquiera que me hallare me matará".

III

No habiendo osado tomar el cuidado de nuestra familia, erramos vagabundos de nación en nación sin obtener ninguna morada segura. Y aunque lo poseemos todo, debemos contentarnos con poco; ¿en qué somos pues felices, sino en la contemplación, donde el alma experimenta una gran satisfacción? Muchos creen, siendo extraños a este arte, que si lo poseyeran harían esto o esto otro: es lo que nosotros creíamos antaño, pero vueltos prudentes por los peligros, hemos escogido un método más secreto. Cualquiera que ha escapado a un peligro de muerte inminente se volverá, ciertamente, creedme, más sabio para el resto de sus días. Las mujeres de los célibes y los hijos de las vírgenes, dice el proverbio, están siempre bien vestidos y bien alimentados.

IV

He encontrado al mundo en un estado tan corrompido que no se encuentra prácticamente nadie entre los que se dan una imagen de hombre honesto o que anuncian su amor al bien común, en quien la finalidad personal última no sea un interés sórdido e indigno. Y ningún mortal puede hacer nada en la soledad, ni siquiera obras de misericordia, sin poner en peligro su vida. Lo he experimentado hace poco tiempo en el extranjero: había dado un remedio a unos enfermos afligidos de miserias corporales y abandonados por todos, y por milagro recobraron la salud, enseguida comenzaron a murmurar que era por el Elixir de los Sabios, hasta tal punto que he sufrido a veces los peores disgustos; obligado a disfrazarme, a afeitarme la cabeza y llevar una peluca, a utilizar otro nombre y huir por la noche, pues de otro modo habría caído en manos de los malvados que me acechaban (a causa de una simple sospecha y de su detestable sed de oro). Podría narrar muchos incidentes de este tipo, que parecerían graciosos a muchas personas.

V

En efecto, algunos dicen: "Si yo poseyera estos secretos, me comportaría de otro modo". Que sepan, sin embargo, lo penoso que es para las personas de espíritu el convivir con imbéciles; pues las personas de espíritu son astutas, sutiles, perspicaces, tienen los ojos de Argos, algunos son curiosos, otros maquiavélicos, intentan comprender la vida, las costumbres y los actos de los hombres; en todo caso son personas con las que, cuando se ha contraído con ellas una especie de familiaridad, es muy difícil disimular.

VI

Si hablara con alguno de los que creen esto de sí mismos (que harían tal o cual cosa si poseyeran la piedra) le diría: "Eres el amigo de un Adepto", enseguida se pondría a reflexionar y me respondería: "Esto es imposible, me habría dado cuenta; vivo tan

familiarmente con él que lo habría notado". Tú que piensas esto de tí mismo, ¿no crees que los demás tienen una perspicacia igual a la tuya para darse cuenta de quién eres?

VII

En verdad es necesario convivir con la gente, de otro modo te ven como a un Cínico o a otro Diógenes. Si convives con la plebe, en verdad es indigno. Si frecuentas la sociedad de las gentes prudentes, has de ser muy cauteloso, no sea que otro te reconozca con la misma facilidad con la que tú crees que puedes reconocer en otra persona a un Adepto (ignorando tú un secreto conocido por todos) valiéndote del hecho de que tienes con él una cierta familiaridad.

No te será fácil darte cuenta de que se sospecha de tí, y es un grave inconveniente, pues la menor conjetura será suficiente para que se te aceche.

VIII

Tanta es la maldad de los hombres, que he conocido a ciertas personas que fueron estranguladas o ahorcadas y que, sin embargo, eran ajenas a nuestro arte. Era suficiente con que gentes desesperadas hubieran oído murmurar que alguien tenía la reputación de ser hábil en esta ciencia. Sería fastidioso contar lo que nosotros mismos experimentamos, vivimos y oímos, a este respecto, y más aún en esta edad del mundo que en las precedentes. La Alquimia es un pretexto, de modo que si haces algo en secreto, no puedes dar tres pasos sin traicionarte.

IX

Esta cautela tuya excitará el celo de algunos a examinar más de cerca tu conducta y se te importunará, acusándote de hacer moneda falsa. ¿Y qué no dirán?. Si eres un poco más abierto, se encontrará que haces cosas insólitas, ya sea en Medicina o en Alquimia. Si posees un gran peso de oro o de plata y quieres vender de él, fácilmente se preguntarán de donde proviene esta gran cantidad de oro fino y plata, puesto que no se encuentra en ninguna parte, sino es en Barbaria o en Guinea, y bajo la forma de un polvo extremadamente tenue, mientras que el tuyo, verdaderamente de condición más noble, estará en forma de fragmentos.

X

Los mercaderes no son tan estúpido, incluso si jugando como niños te dijeran: "los ojos están cerrados, ven, no vemos." Con todo eso, si vas a ellos, en un abrir y cerrar de ojos, descubren lo suficiente como para ocasionarte la mayor miseria. La plata que es producida mediante nuestro arte, es tan fina que no puede venir de ningún lugar. La mejor, que viene de España, no sobrepasa en bondad a la esterlina Inglesa, y se presenta además en forma de rudas monedas que, a pesar de las prohibiciones legales de los países, se transportan furtivamente. Por lo tanto, si vendieras una gran cantidad de plata pura, ya te has traicionado, mientras que si quieres adulterarla (sin ser Orfebre), mereces la pena capital, según las leyes de Holanda, Inglaterra y de casi todos los países, que prevén que toda adulteración del oro y de la plata, aunque sea para pesarlo en la balanza, es susceptible de la pena capital si no es realizado por un orfebre profesional y autorizado.

XI

Nosotros lo comprobamos cuando, fuera de nuestra patria, intentamos vender cerca de 600 libras de plata muy fina, disfrazado de mercader, no osando adulterarla por tener casi cada nación su propia ley para los metales preciosos, que los orfebres conocen bien, hasta tal punto que, si yo hubiera pretendido haberla obtenido de fuera, lo hubieran reconocido por la prueba de la balanza y hubieran hecho prender al vendedor. Aquellos a quienes la llevé, me dijeron enseguida que era plata fabricada por el arte. Les pregunté cómo podían afirmarlo y me respondieron simplemente que no tenía que enseñarles a distinguir la plata procedente de España e Inglaterra, y que aquella no era de ese tipo. Oyendo esto, huimos a escondidas abandonando la plata y su valor, sin volver nunca a reclamarlo.

XII

Si después de esto finges que este gran peso de oro, o sobre todo plata, ha sido traído de otro lugar, no podrás hacerlo sin ruido. El capitán de barco dirá que él no ha transportado tal cantidad de plata y que no habría podido entrar en el barco ignorándolo todos. Y los que oirán esto, que vienen a este lugar a comerciar, reirán, diciendo que no es posible reunir tal cantidad de oro o de plata en un barco, siendo tan estrictas las leyes que lo prohiben y tan estrictos los registros preventivos. Este asunto se hará público inmediatamente, no sólo en el país en cuestión, sino también en los países vecinos. Instruido por los peligros corridos,

he decidido seguir escondido y comunicártelo a tí, que sueñas con este arte, curioso por ver que harás por el bien público cuando seas un Adepto.

XIII

Así pues, como dijimos en lo que antecede y habiendo enseñado la necesidad del Mercurio en nuestra obra, he decidido recalcar a propósito del Mercurio algunas particularidades, lo cual ninguno de los antiguos hizo antes de mí. Así, por otra parte, digo lo mismo del azufre, sin el cual, el Mercurio no podrá sufrir la congelación necesaria para la obra sobrenatural.

XIV

Este azufre desempeña en nuestra obra el papel de macho, y cualquiera que aborda sin él el arte transmutatorio no tendrá éxito nunca, afirmando todos los Sabios que no se puede hacer ninguna tintura sin Latona, siendo este bronce sin lugar a dudas el Oro, que ellos llaman así. El famoso Sendivogius ha dicho a este respecto: *"El Sabio reconoce nuestra piedra incluso entre el estiércol, mientras que el ignorante ni siquiera cree que exista en el oro".* Es en el Oro de los Filósofos, donde se encuentra la tintura aurífica; aunque éste sea un cuerpo muy digesto, nuestro Mercurio se reincruda no obstante en un sólo cuerpo, recibiendo de Mercurio la multiplicación de su simiente, no tanto en peso como en virtud.

XV

Y aunque varios Sabios Sofistas parezcan negarlo, todo es verdaderamente como lo he dicho. Pretenden, por ejemplo, que el oro vulgar está muerto, mientras que el suyo está vivo. Paralelamente, el grano de trigo está muerto, es decir, que su actividad germinal ha sido suprimida y permanecería así eternamente si fuera conservado en un medio ambiente seco, pero si es echado en la tierra, pronto reemprende su vida fermentativa, se hincha, se ablanda y germina.

XVI

Lo mismo ocurre con nuestro oro. Está muerto, osea que su fuerza vivificante está sellada bajo la corteza corporal, como ocurre con el grano, aunque de un modo diferente, en cuanto a la diferencia que separa el grano vegetal del oro metálico. Y del mismo modo que este grano que permanece inmutable mientras está en el aire seco es destruido por el fuego y vivificado solamente en el agua, paralelamente, el oro, que es incorruptible y dura eternamente, es únicamente reductible en nuestra agua, y entonces en nuestro oro vivo.

XVII

Del mismo modo que el trigo sembrado en el campo por el agricultor, cambia de nombre y toma el de semilla en lugar del de grano que tenía mientras se guardaba en el granero para hacer pan y otros alimentos de este tipo, así como para la siembra, paralelamente el oro cuando está en forma de anillo, de vasija o de moneda, es vulgar, pero cuando se le mezcla con nuestra agua es Filosófico. En el primer estado se dice que está muerto, ya que permanece inmutable hasta el fin del mundo; en el estado posterior se dice que está vivo, porque lo está en potencia. Potencia que puede, en pocos días, ser convertida en acto: entonces el oro ya no es oro, sino el Caos de los sabios.

XVIII

Con razón, pues, los Filósofos dicen que el oro filosófico es tan diferente del vulgar; y que la diferencia consiste en la composición. En la medida en que se dice que un hombre está muerto cuando ha oído su sentencia de muerte, así se dice que el oro está vivo cuando está mezclado a una tal composición y sometido a un fuego en el que necesaria y rápidamente debe recibir a la vida germinativa y mostrar, al cabo de pocos días, la acción de su vida naciente.

XIX

Por esto mismo los Filósofos que dicen que su oro está vivo te ordenan a ti, investigador de este arte, que vivifiques al muerto. Si lo conoces, y preparas el agente realizando la mezcla según las reglas, tu oro no tardará en volverse vivo, y en esta vivificación, tu menstruo vivo, morirá. Por esta razón los Magos ordenan que se vivifique al muerto y que se mortifique al vivo; y sin embargo, al principio llaman viva a su agua, y dicen que la muerte del primer principio y la vida del segundo tienen la misma duración.

XX

Por lo que es evidente que hay que tomar su oro cuando está muerto y su agua cuando está verdaderamente viva, y en este compuesto, después de una breve decocción, la simiente del oro se vuelve viva y el Mercurio vivo, muere; es decir, que el espíritu se coagula por el cuerpo disuelto y que uno y otro se pudren en forma de limo hasta que todos los miembros

del compuesto son dispersados en átomos. Esta es, pues, la naturaleza de nuestro Magisterio.

XXI

El misterio que ocultamos con tanto empeño es la preparación del Mercurio propiamente dicho, que no puede encontrarse sobre la tierra para nuestras manos preparado (nuestro uso), y esto por razones particulares conocidas por los Adeptos. En este Mercurio, purgado al grado supremo de pureza, limado y reducido a láminas, amalgamamos perfectamente al oro puro, lo encerramos en un vaso de vidrio y lo cocemos a fuego continuo: el oro se disuelve por la virtud de nuestra agua, reduciéndose a su materia más próxima, en la que es liberada la vida prisionera en el oro, y recibe la vida del Mercurio disolvente, que es respecto a él lo que la buena tierra respecto al grano de trigo.

XXII

Disuelto pues en este Mercurio, el oro se pudre, y esto es preciso por una necesidad de la naturaleza, pues después de la putrefacción de la muerte renace un cuerpo nuevo de la misma esencia que el primero y de una sustancia más noble que alcanza proporcionalmente diferentes grados de virtud según las cuatro modalidades de los elementos. Este es el orden de nuestra Obra. Esta es toda nuestra Filosofía.

XXIII

Por ello decimos que no hay nada secreto en nuestra obra, a excepción solamente de Mercurio, cuyo Magisterio consiste en prepararlo según las reglas, extraer el Sol que está escondido en él y casarlo con el oro en una proporción justa. Y regir el fuego según las exigencias del Mercurio, ya que el oro no teme al fuego por sí mismo, y cuanto más está unido al Mercurio, más capaz es de resistir a este fuego. Por eso la dificultad de esta obra consiste en acomodar el régimen de calor a la tolerancia del Mercurio.

XXIV

Aquel que no ha preparado su Mercurio según las reglas, incluso si lo ha unido al oro, este oro será todavía oro vulgar ya que estará unido a un agente extravagante (*fatuo*) en el que permanece inmutable como si lo hubiéramos dejado en un cofre, no haciendo desaparecer ningún fuego su naturaleza corporal, *al no haber un agente vivo que lo acompañe.*

XXV

Nuestro Mercurio es un alma viva y vivificante, por ello nuestro oro es espermático, del mismo modo que el trigo sembrado es una simiente y el trigo almacenado en el granero es un simple grano muerto. Incluso si es enterrado bajo tierra en una caja (como suelen hacer los habitantes de la Indias occidentales, que esconden sus cosechas en una fosa, en el interior de la tierra, al abrigo de todo vapor de agua), sin embargo si no recibe el vapor húmedo de la tierra, está muerto, es decir, permanece sin fruto y lejos de germinar.

XXVI

Sé que hay muchos que condenarán esta doctrina y dirán: "Este hombre afirma que el oro vulgar es el soporte material de la piedra con el Mercurio corriente, pero nosotros sabemos que en realidad es lo contrario". ¡Vamos, Filósofos, examinad vuestras bolsas!, vosotros que sabéis semejantes cosas, ¿por ventura tenéis la piedra? Yo la poseo sin haberla recibido de nadie (si no es de mi Dios), no la he robado, la tengo, la he hecho, la tengo en mi poder cada día, la he trabajado a menudo con mis propias manos. Escribo lo que sé, pero no es para vosotros.

XXVII

¡Tratad vuestras aguas pluviales, vuestros rocíos de mayo, vuestras sales, parlotead a propósito de vuestro esperma, más poderoso que el mismo demonio, agraviadme con oprobios! ¡Creed que vuestro vergonzoso lenguaje me entristece! Lo repito, sólo el oro y el Mercurio son nuestras materias, sé lo que escribo, y Dios que escruta los corazones sabe que escribo la verdad.

XXVIII

No hay porqué acusarme de envidia, puesto que he escrito con pluma audaz y con un estilo poco habitual, en honor de Dios, para la utilidad de mi prójimo y para condenar al mundo y a las riquezas, *pues ya ha nacido Elías Artista y se predican maravillas de la Ciudad de Dios*. Me atrevo incluso a asegurar que poseo más riquezas que las que posee el Universo conocido, pero las acechanzas de los malvados no me permiten utilizarlas.

XXIX

Con razón desdeño y desprecio esta idolatría del oro y de la plata, con los que todo se aprecia y que no sirven más que para la pompa y la vanidad del mundo. ¿Qué torpe iniquidad y qué vano pensamiento os impulsan a creer que si yo escondo mis secretos es por envidia? De ningún modo, confieso que me duele profundamente ser un vagabundo errando por la tierra, como si el Señor me arrojara de su vista.

XXX

Pero es inútil hablar, lo que hemos visto, tocado y elaborado, lo que tenemos y conocemos, lo declaramos solamente movidos por la compasión que sentimos hacia los buscadores y la indignación hacia el oro, la plata y las piedras preciosas, no como criaturas de Dios, pues en cuanto a esto son honorables, y las honramos, sino porque los Israelitas y también el resto del mundo, las idolatran. Por ello deseamos que, como el becerro de oro, sean reducidas a polvo.

XXXI

Creo y espero que dentro de pocos años el dinero será como las escorias y que este sustento de la Bestia del Anticristo se desmoronará en ruinas. El pueblo delira, y las naciones insensatas toman por Dios a este peso inútil. *¿En qué es compatible esto con nuestra próxima redención, tanto tiempo esperada? ¿Cuándo se cubrirán de oro las plazas de la nueva Jerusalén? ¿cuándo sus puertas de perlas finas? ¿Y cuándo el Árbol de la Vida que está enmedio del Paraíso dará sus hojas para la salvación del género humano?*

XXXII

Lo sé, lo sé, mis escritos serán para muchos como el oro fino; y el oro y la plata, gracias a estos escritos míos serán despreciados. Creedme, jóvenes aprendices, y vosotros sus padres, el tiempo está en nuestras puertas, no lo escribo bajo el influjo de una vana ilusión sino que lo veo en espíritu, en que nosotros los Adeptos volveremos desde los cuatro ángulos de la tierra, en que ya no temeremos más las acechanzas dirigidas contra nuestras vidas y daremos gracias a Dios, nuestro Señor. *Mi corazón me susurra maravillas inauditas y mi alma se estremece en mi pecho ante la idea de la felicidad de todo Israel de Dios.*

XXXIII

Anuncio todo esto al mundo como un pregonero, a fin de no morir habiéndole sido inútil. *Que este libro mío sea el precursor de Elías, a fin de que prepare la Vía Real del Señor.* ¡Ojalá las gentes de espíritu de todo el mundo conozcan este arte! Entonces, la extrema abundancia del oro, de la plata y de las piedras preciosas, los volverán poco estimables, apreciándose únicamente la ciencia que los producirá. Entonces, por fin, será honrada la verdad desnuda, ya que es estimable en sí misma.

XXXIV

Conozco a varios que poseen el arte y conocen sus verdaderas llaves; todos ellos desean el más estricto silencio. Por mi parte, la esperanza que tengo en Dios me hace pensar de otro modo. Por ello he escrito este libro, del que ninguno de mis hermanos los adeptos (con los que estoy diariamente en comunicación) saben nada.

XXXV

Dios dio reposo a mi corazón dándole una fe firmísima, y no dudo que haciendo uso de mi talento serviré de este modo al Señor, de quien soy acreedor, y al mundo, mi prójimo, y principalmente a Israel; y sé que nadie puede hacer fructificar a su talento aparte de mí, y preveo que centenares serán, probablemente, alumbrados por mis escritos.

XXXVI

Por lo que sin consultar la carne ni la sangre, no he buscado la aprobación de mis hermanos al escribir esta obra. DIOS haga, para gloria de su nombre, que yo llegue al final que espero, entonces todos los Adeptos que me conocen se alegrarán de la publicación de estos escritos.

XIV

DE LAS CIRCUNSTANCIAS QUE SE PRODUCEN Y QUE SE REQUIEREN PARA LA OBRA EN GENERAL

I

Hemos separado el Arte Químico de todos los Errores vulgares y refutado los Sofismas y las Curiosas Quimeras de los Soñadores, hemos enseñado que este Arte debe tener por principios al Oro y al Mercurio, que el sol es el Oro, sin ninguna ambigüedad ni duda, y que esto no debe ser tomado Metafóricamente, sino en el verdadero sentido Filosófico; y hemos declarado sin la menor ambigüedad que el Mercurio es el azogue.

II

Hemos demostrado que el primero es perfeccionado por la naturaleza y se puede comprar; pero el segundo debe ser fabricado por el Arte y es una de las llaves (del Arte). Hemos añadido razones tan claras y tan evidentes que, a menos que se quieran cerrar los ojos para no ver el sol, es imposible no percibirlas. Hemos declarado, y lo repetimos, no haber afirmado todo esto por la fe que podamos tener en los escritos de otros: hemos visto y conocido lo que sinceramente contamos; hemos fabricado, visto y poseído la piedra, el Gran Elixir.

III

Verdaderamente no estamos celosos de este saber pues anhelamos que, a través de estos escritos, dispongas de él. Por otra parte, dimos a conocer lo difícil que es la preparación del Mercurio Filosófico, *cuya principal dificultad reside en las Palomas de Diana, que están envueltas en los eternos abrazos de Venus y sólo son vistas por el verdadero Filósofo. Este único conocimiento (scientia) es la perfección de la Teoría, ennoblece al filósofo, descubriéndole todos los arcanos de nuestra ciencia; tal es el nudo gordiano que aquel que comienza en el arte no sabrá deshacer jamás si el dedo de Dios no está allí para guiarlo.* Y es tan difícil que si quieres llegar a su conocimiento exacto, necesitas para este trabajo una gracia peculiar de Dios.

IV

He dado, lo que nadie ha hecho antes de mí, tantos detalles sobre la fabricación de esta agua que no sabría decir más si no es dando la receta, lo que he hecho ya, sólo que sin nombrar los elementos con sus propios nombres. Sólo me resta describirte el uso y la práctica que te enseñarán fácilmente a distinguir las cualidades y defectos del Mercurio y, gracias a este conocimiento, podrás modificarlo y corregirlo a tu gusto.

V

Poseyendo de este modo el Mercurio animado y el Oro, falta la purgación accidental, tanto del Mercurio como del Oro,
Después los esponsales,
Y en tercer lugar, el régimen.

XV

DE LA PURGACIÓN ACCIDENTAL DEL MERCURIO Y DEL ORO

I

El oro perfecto se extrae de las vísceras de la tierra, donde se le encuentra en trozos o en forma de arena. Si lo puedes tener intacto, es bastante puro; si no, púrgalo, ya sea con antimonio, ya por el Cemento real, ya haciéndolo hervir con agua fuerte; reduce el oro en granos o limaduras, luego fúndelo y ya está dispuesto.

II

Nuestro oro es producido por la naturaleza, perfeccionado en nuestras manos por nuestro uso, que yo he encontrado y del que me he servido, conocido apenas por un artista entre cien mil, a menos que tenga un conocimiento muy profundo del reino mineral. Por otra parte, se encuentra en un sujeto accesible a todos (*omnibus obvio*), pero que está mezclado con muchas superfluidades; lo haremos pasar por muchos exámenes y combinaciones, hasta que sean eliminadas todas las escorias y sólo quede de él lo puro, aunque con algunas heterogeneidades. Sin embargo no lo fundimos, pues su tierna alma perecería y estaría tan muerto como el oro vulgar. Pero lávalo en el agua que lo consume todo (excepto nuestra materia) y entonces nuestro cuerpo se convierte en algo parecido a un rostro de cuervo.

III

El Mercurio tiene una gran necesidad de una purgación interna y esencial, que consiste en la adición gradual de un azufre verdadero, conforme al número de Águilas: entonces está purgado radicalmente. Este Azufre no es otra cosa que nuestro Oro, si sabes separarlos sin violencia, exaltar a uno y a otro separadamente, y reunirlos luego, obtendrás de ellos una concepción que te dará un hijo más noble que ninguna sustancia sublunar.

IV

Diana sabe completar esta obra, si está envuelta en los inviolables abrazos de Venus: Ora al Todopoderoso para que te revele este misterio que he explicado al pie de la letra en mis capítulos precedentes y donde este secreto ha sido tratado de manera llana. No hay una palabra o un punto superfluos, ni falta ninguno.

V

Pero aparte de esa purgación esencial del Mercurio, (éste) exige una limpieza accidental que haga desaparecer las heces externas que la operación de nuestro verdadero azufre ha expulsado del centro a la superficie. Este trabajo no es absolutamente necesario, pero acelera la obra y es, por lo tanto, conveniente.

VI

Así pues, toma tu Mercurio, que preparaste con el número conveniente de Águilas y sublímalo tres veces con Sal Común y Escorias de Marte, triturándolo al mismo tiempo en vinagre y un poco de sal amoníaco, hasta que el Mercurio desaparezca. Desécalo entonces y destílalo en una retorta de vidrio con un fuego aumentado gradualmente, hasta que todo el Mercurio ascienda. Reitera tres veces o más en esta operación, luego haz hervir el Mercurio en el espíritu del vinagre durante una hora en una cucúrbita o en un vaso de vidrio de fondo ancho y cuello estrecho, agitándolo fuertemente de vez en cuando. Decanta entonces el vinagre y lava la aceitosidad con agua de fuente vertida repetidamente. Entonces haz secar el Mercurio y admirarás su brillo.

VII

Puedes lavarlo con orín, o vinagre o sal para ahorrarte la sublimación, y destilarlo después por lo menos cuatro veces, tras haber agotado todas la Águilas, sin adición, lavando la retorta de Acero con ceniza y agua. Finalmente hazlo hervir en vinagre destilado durante medio día, agitando vivamente de vez en cuando, y aparta el vinagre que se ennegrece y añádele (otro) nuevo. Finalmente lava con agua caliente y podrás, redestilando el espíritu del vinagre, liberarlo de su negrura y conservará la misma virtud.

VIII

Todo esto es para apartar la inmundicia exterior que no se adhiere al centro sino que es un poco más obstinada en la superficie, como verás: Toma este Mercurio preparado con siete o nueve Águilas, amalgámalo con oro muy purgado; haz el amalgama sobre una lámina muy limpia y verás como mancha la lámina de una negrura oscura. Paliarás esta impureza por la

destilación de la que he hablado, por ebullición y agitación. Esta preparación hace avanzar considerablemente la obra, acelerándola.

XVI

DEL AMALGAMA DEL MERCURIO Y DEL ORO Y DEL PESO CONVENIENTE DE UNO Y DE OTRO

I

PREPARADO todo ésto según las reglas, toma una parte de oro purgado en láminas, o pasado por la lima ingeniosamente, dos partes de Mercurio, ponlos en un mortero de mármol calentado previamente, por ejemplo en agua hirviendo(se seca desde que lo sacas, pero retiene el calor durante largo tiempo), tritura tu composición con una mano de mortero de marfil, de vidrio, de piedra o de hierro(lo que no es tan bueno) o de boj; los de vidrio o de piedra son los mejores. Yo suelo utilizar uno de coral blanco.

II

Tritura pues fuertemente el compuesto hasta que sea impalpable; tritúralo con tanto cuidado como suelen hacer los pintores al preparar sus colores, si es tan maleable como mantequilla, ni demasiado caliente, ni demasiado frío, de manera que, inclinándolo, no deje correr al Mercurio como agua hidrópica intercutanea, siendo buena la consistencia; si es muy seco, añade agua, tanta como haga falta, para que de este modo adquiera esta consistencia.

III

La Ley de esta mezcla es que esté blanda y suelta y que sin embargo se puedan formar con ella pequeñas bolas redondas a semejanza de la mantequilla, que es muy blanda y cede a la presión de los dedos pero que las mujeres, cuando la lavan, pueden formar bolas con ella. Observa qué a propósito es este ejemplo, ya que si se inclina la mantequilla, no deja escapar nada más líquido que la masa entera; lo mismo ocurre con nuestra mezcla.

IV

La naturaleza intrínseca del Mercurio debe darse en esta proporción: o dos o tres partes de Mercurio (por una) de cuerpo, o también tres partes de cuerpo por cuatro de espíritu, o dos por tres; y según la proporción de Mercurio, el amalgama será más o menos duro; pero recuerda siempre que es preciso poder coagularlo en pequeñas bolas, y que estas pequeñas bolas, separadas, se coagulan (*concrescant*) de tal modo que el Mercurio no aparece más vivo en el fondo que en la parte superior. Nota también, que si permites que el amalgama repose, se endurece espontáneamente.

V

Así pues, hay que juzgar la consistencia de la composición agitándola, y si es tan maleable como mantequilla, que permite que se hagan bolas con ella y que colocadas con precaución en un papel limpio, estas pequeñas bolas se endurecen en el reposo, sin ser más líquidas en el fondo que en la parte superior, entonces la proporción es buena.

VI

Hecho ésto, toma espíritu de vinagre y disuelve en él el tercio de su propio peso de sal de amoníaco y pon al sol y a Mercurio, antes de su amalgama, en este licor; ponlos en un vaso de cuello largo y déjalo hervir durante un cuarto de hora, con ebullición fuerte; retira entonces la mezcla del vaso y separa el licor, calienta un mortero y tritura, como hemos visto, fuerte y cuidadosamente la composición, luego, con agua caliente, quítale toda la negrura. Ponla en el mismo licor, hazla hervir de nuevo en el mismo vaso, tritura aún fuertemente y lava.

VII

Reitera en ésto (en esta operación), hasta que no puedas sacar con ningún trabajo ningún color del amalgama, entonces éste será tan claro como la plata más pura y de la blancura más estupenda de la plata mejor pulida. Observa bien la temperatura y cuida de que esté conforme a las reglas; si no es así, llévala hasta allí y procede como se ha dicho. Este trabajo es laborioso, sin embargo verás tu tarea compensada por los signos que aparecerán en la obra.

VIII

Por último hierve (tu compuesto) en agua pura, repitiendo decantaciones, hasta que toda salazón y acrimonia se desvanezcan; entonces saca el agua y deja que el amalgama se seque, lo que se hará muy deprisa. Para que estés totalmente seguro, (ya que mucha agua hecha a perder la obra, pues el vapor puede romper el vaso, incluso si éste es grande),

agítalo encima de un papel limpio con la punta de un cuchillo, moviéndolo, hasta que esté totalmente seco, entonces procede como te indicaré.

XVII

DE LAS PROPORCIONES DEL VASO, DE SU FORMA, DE SU MATERIA Y DEL MODO DE CERRARLO

I

TOMAD un vaso de vidrio oval y redondeado, lo suficientemente grande como para que quepa en su esfera una onza de agua destilada al mayor grado, y no menos si es posible, pues hay que intentar acercarse mucho a esta medida. El vaso de vidrio ha de tener un cuello de un palmo o de diez dedos de altura; cuanto más transparente y espeso sea, mejor, siempre que puedas distinguir las acciones que tienen lugar dentro. No ha de ser más espeso en un sitio que en otro.

II

Pon en este vaso de vidrio media onza de oro con una onza de Mercurio, y si añades el triple de Mercurio, todo el compuesto no debe exceder las dos onzas. Tal es la proporción requerida. Además de esto, si el vidrio no es espeso no será capaz de aguantar en el fuego, pues los vientos que se forman en el vaso por nuestro Embrión los romperán. Es preciso que el vaso esté cerrado por arriba con mucha cautela y diligencia, para que no haya ninguna fisura ni el menor agujero, de lo contrario, la obra perecerá.

III

Así ves que la obra en sus principios no excede el precio de tres ducados o tres florines de oro. Del mismo modo, la fabricación de una libra de nuestra agua no excede las dos coronas. Ciertamente, lo confieso, hacen falta determinados instrumentos, pero no son muy caros, y si tuvieras mi aparato de destilación, no tendrías necesidad de estos vasos que se rompen fácilmente.

IV

También hay gentes que se imaginan que todo el gasto excede apenas un ducado; puede respondérseles que esto prueba que nunca han realizado experimentalmente la obra hasta el final, pues hay otras cosas necesarias a la obra, que cuestan dinero. Pero apoyándose en los Filósofos, estas gentes pretenden que todo lo que cuesta caro es, en nuestra obra, engañoso. A lo que responderemos: ¿Qué es nuestra obra? ¿Acaso hacer la piedra?. Verdaderamente es la obra final, pero la verdadera obra consiste en descubrir la humedad en la que el oro se licúa como el hielo en agua tibia; encontrar ésto es nuestra obra.

V

Por ello muchos sudan obteniendo el Mercurio del Sol, otros el Mercurio de la Luna, pero en vano. Pues en esta obra es engañoso todo lo que cuesta caro. Afirmo que con un florín es posible comprar tanto principio material de nuestra agua como haría falta para animar dos libras enteras de Mercurio, a fin de hacer el verdadero Mercurio de los Sabios. Buscando con el mayor cuidado, confeccionamos con él un sol que, cuando es perfecto tiene más valor para el artista que si lo hubiera comprado al precio del Oro más puro, pues resiste a cualquier prueba y es, en mucho, el mejor para nuestra obra.

VI

En definitiva, los vasos de vidrio, los carbones, los vasos de tierra, el horno, los casos e Instrumentos de hierro, no pueden reunirse sin nada. Que los torpes Sofistas callen sus habladurías, sus impúdicas mentiras que seducen a tanta gente. *Sin nuestro cuerpo perfecto, nuestra descendencia de Venus y de Diana, que es el oro puro, no se puede obtener ninguna tintura permanente.* Nuestra piedra es, por una parte, respecto a su nacimiento, vil, inmadura y volátil, y por otra parte es perfecta, preciosa y fija: las especies del cuerpo y del espíritu son el Sol y la Luna, el oro y el azogue.

XVIII

DEL HORNO O ATANOR FILOSÓFICO

I
Se ha hablado del Mercurio, de su preparación, proporción y virtud; también del azufre, de su necesidad y uso en nuestra obra. He enseñado como había que prepararlos y de que manera se tenían que mezclar. También hablé mucho del vaso donde tenían que sellarse. Pero te advierto que hay que entender todo esto con un grano de sal, no sea que, procediendo al pie de la letra, te suceda a menudo errar.
II
Sin embargo, hemos explicado con una claridad desacostumbrada estas sutilidades Filosóficas, pero si no has vislumbrado las numerosas metáforas contenidas en los capítulos anteriores, no recogerás otra cosecha que la pérdida de tiempo, el gasto y la fatiga. Por ejemplo, cuando dije sin ninguna ambigüedad que uno de los principios era el Mercurio y el otro el Sol, que uno se vendía vulgarmente y que el otro era fabricado por nuestro arte, si no sabes cual es el último, ignoras el sujeto de nuestros secretos; pero puedes, en su lugar, trabajar sobre el sol vulgar; ten cuidado, sin embargo, de comprender el sentido de lo que digo, porque nuestro sol es un oro de buena calidad, que resiste a todo examen, por lo que puede venderse (una vez reducido a metal) sin escrúpulo.
III
Sin embargo, nuestro oro no podría comprarse a ningún precio, aún cuando quisieras dar por él una corona o un reino, pues es un don de Dios. Efectivamente, nuestro oro no puede llegar a nuestras manos perfecto (al menos comúnmente), porque para ser nuestro ha de ser el fruto de nuestro arte. Puedes también, si buscas bien, buscar y encontrar en nuestro sol al sol y la luna vulgares. Pues nuestro oro es la materia más próxima de nuestra piedra, el sol y la luna vulgares, la cercana, y los demás metales la remota. En cuanto a los elementos no metálicos, (son una materia) muy alejada e incluso totalmente extranjera.
IV
Yo mismo lo he buscado y encontrado en el sol y la luna vulgares. Pero es un trabajo mucho más fácil hacer la piedra de nuestra materia que extraer nuestra verdadera materia de cualquier metal vulgar. Nuestro oro es, en efecto, un Cahos cuya alma no huye a causa del fuego, mientras que el oro vulgar es verdaderamente un cuerpo cuya alma debe, para protegerse de la tiranía del fuego, refugiarse en un lugar bien fortificado. *Esto es lo que hace decir a los Filósofos que el fuego de Vulcano es la muerte artificial de los metales, porque todos los que han pasado por la fusión, han perdido en ésta su misma vida; por lo tanto, si sabes aplicarla con ingenio, ya sea a tu cuerpo imperfecto, ya al dragón ígneo, no necesitas otra llave para todos nuestros Arcanos.*
V
Pero si buscas nuestro sol en una sustancia media entre lo perfecto y lo imperfecto, puedes encontrarlo; después de esto, disuelve el cuerpo del sol vulgar, lo cual es un trabajo de Hércules y que se llama nuestra primera preparación, por la que se disuelve el encantamiento que vencía a este cuerpo y le impedía desarrollar su papel de macho. Si sigues la primera vía, necesitas emplear un fuego muy suave del principio al final; si sigues la segunda, has de implorar la ayuda del tórrido Vulcano, es decir que necesitas emplear el mismo fuego que administramos en la multiplicación, cuando el sol corporal y la luna vulgar sirven de fermento al elixir para perfeccionarlo. Será un verdadero laberinto para ti, del que no saldrás si no eres prudente.
VI
Cualquier proceso que sigas, ya sea con el sol vulgar, ya sea con el nuestro, te será necesario operar con un calor igual y continuo. Has de saber también que tu Mercurio en ambas obras, aunque sea radicalmente uno, es diferente en cuanto a su preparación, y tu piedra, con nuestro oro, es perfecta dos o tres meses antes de que nuestra primera materia haya sido extraída del sol o de la luna vulgares, y que el Elixir de uno estará en su primer grado de perfección y con mayor virtud que el otro en la tercera rotación de la rueda.
VII
Además, si trabajas con nuestro sol te será preciso hacer cebación, la imbibición y la fermentación, que harán crecer su fuerza hasta el infinito; en la otra obra necesitas primero iluminarlo e incerarlo, como lo explica abundantemente el Gran Rosario.

VIII
Finalmente, si operas sobre nuestro oro, puedes calcinar, putrificar y purificar con un fuego intrínseco muy suave de la naturaleza, con la ayuda exterior de un baño vaporoso como el del estiércol. Pero si trabajas sobre el sol vulgar, necesitas por sublimación y ebullición, adaptar ciertas materias, luego unirlas con la leche de la Virgen. Pero sea cual sea el camino que sigas, no podrás llegar a nada sin fuego. No es pues en vano que el verídico Hermes establece, al lado del sol padre y de la luna madre, al fuego, como el tercero y próximo gobernador de todo. Pero todo esto se refiere al horno secreto que ningún ojo vulgar ha visto jamás.
IX
Existe, sin embargo, otro horno, al que llamamos común, que es nuestro Enrique el Lento, hecho de ladrillos o de tierra de alfarero, o de laminillas de hierro y de bronce bien revestidas con tierra de alfarero. Llamamos Atanor a este horno, cuya forma, una torre con un nido, me gusta mucho. Esta torre ha de tener aproximadamente dos pies, o un poco más de altura, y de diámetro interior nueve pulgadas o un palmo común; entre las láminas, aproximadamente dos pulgadas de espesor, abajo, de cada lado. La parte baja, conteniendo el fuego, hecha con tierra de alfarero, será más espesa que la parte superior, disminuyendo siempre de una manera insensible hasta la parte superior.
X
Encima del suelo, o fundamento del horno debe haber una pequeña puerta para sacar las cenizas, de tres o cuatro pulgadas de altura, o un poco más; allí se colocará una pequeña parrilla con una piedra que se le adaptará; un poco más arriba del enrejado, a la altura de una pulgada, habrán dos agujeros para permitir el acceso al nido, completamente cerrado junto al lado de la torre. Los agujeros tendrán un diámetro aproximado de una pulgada, y el nido, una capacidad de tres o cuatro huevos de vidrio, pero no más. La torre y el nido no han de tener la menor fisura. El nido no ha de descender más abajo del disco, pero el fuego puede alcanzar directamente al disco, y salir por dos, tres, o cuatro agujeros. El nido ha de tener también en su cima una tapadera con una pequeña ventana en la que pueda aguantarse un vidrio de más o menos un pie de alto, o bien, de otro modo, ha de estar perforado.
XI
Dispuesto de este modo, colocar el horno en un lugar clareado e introducirle carbones por arriba; primero carbones ardientes, luego otros, y finalmente, para que no se forme ninguna entrada de aire, tapar la cima, que se protegerá con cenizas tamizadas. En un horno como este podrás llevar a cabo la obra desde el principio hasta el final.
XII
Sin embargo, si fueras curioso, podrías encontrar otros caminos para administrar el fuego conveniente. Dispón pues el Atanor de manera que, sin mover el vidrio, puedas aplicar a voluntad cualquier grado de calor, desde el calor de la fiebre hasta el de un pequeño reverbero, o el de un fuego rojo oscuro, de manera que, incluso en este grado tan elevado, el fuego pueda durar por sí mismo al menos ocho o diez horas sin que tengas que suministrar carbón; trabajar menos tiempo exigiría más trabajo luego. Entonces se te abre la primera puerta.
XIII
Pero cuando estés verdaderamente en posesión de la piedra, te será útil hacer este horno portátil (como yo mismo lo he hecho) para poder desplazarlo fácilmente, ya que las otras operaciones no son ni tan difíciles ni tan laboriosas, sino muy breves, no requiriendo un gran horno, que sería difícil de transportar incluso si, con la costumbre, vas un poco más deprisa en prepararlo y poner los carbones con menos humo, durante el espacio de una semana o máximo dos o tres, durante el tiempo de la multiplicación.

XIX

DEL PROGRESO DE LA OBRA DURANTE LOS CUARENTA PRIMEROS DÍAS

I

PREPARADOS nuestro Mercurio y nuestro sol, enciérralos en nuestro vaso y rígelos con nuestro fuego, y a los cuarenta días verás a toda la materia convertida en una sombra, o en átomos, sin ningún motor ni movimiento visible, ni calor apreciable al tacto, a menos que la materia esté caliente.

II

Verdaderamente, si el misterio de nuestro Sol y de nuestro Mercurio permanece hasta este momento oculto para ti, no trabajes por más tiempo pues sería para ti un gasto inútil. Sin embargo, si aún no conoces en toda su extensión el proceso de invención de nuestro sol, pero has alcanzado el conocimiento de nuestro Mercurio, sabiendo después de qué modo la preparación debe ser unida al cuerpo perfecto, lo que es un gran misterio, coge una parte de sol vulgar bien purificada y tres partes de nuestro Mercurio previamente iluminado, únelas, como se ha dicho más arriba, e impónles un fuego, dándole calor, en el que hierva y sude. Que este sudor circule sin interrupción día y noche durante noventa días y verás a este Mercurio disgregar y reunir a todos los elementos del sol vulgar; luego hazlo hervir otros cincuenta días y verás que en esta operación tu sol vulgar se convierte en nuestro sol, que es una medicina de primer orden.

III

Entonces ya es nuestro azufre, pero aún no tiñe, y créeme que tal es la vía que numerosos Filósofos han seguido y han alcanzado la verdad. Es una vía muy fastidiosa, hecha para los Magnates de la tierra porque, una vez obtenido este azufre, no creas poseer la piedra, sino solamente su verdadera materia que es una cosa imperfecta, que puedes buscar y encontrar en una semana por nuestra vía fácil y rara que Dios ha reservado para sus pobres despreciados y sus santos humildes.

IV

He decidido hablar ampliamente de esta cosa, aunque al principio del libro haya creído tener que sepultarla en un profundo misterio. Este es el mayor sofisma de todos los Adeptos; algunos hablan del oro y de la plata vulgar y dicen verdad; otros niegan la misma cosa y dicen verdad. Yo, conmovido por la caridad, tenderé la mano, e interpelo a todos los Adeptos y les acuso de envidio. Yo también estaba decidido a seguir el camino de la envidia, pero DIOS me ha desviado de mi decisión: ¡que sea santificado eternamente!

V

Digo, pues, que las dos vías son ciertas, pues no es más que una sola vía al final, y no al principio. Pues todo nuestro secreto se encuentra en nuestro Mercurio y en nuestro sol. Nuestro Mercurio es nuestra vía, y sin él no se hará nada. Del mismo modo, nuestro sol no es el oro vulgar y sin embargo en el oro vulgar se encuentra nuestro sol, de otro modo, ¿cómo serían homogéneos los metales?

VI

Si conocieras el método para iluminar a nuestro Mercurio como se debe, podrías unirlo al oro vulgar en el lugar de nuestro sol (nota sin embargo que (en) la preparación del Mercurio debe ser diferente el sol utilizado). Con el régimen debido, en el espacio de ciento cincuenta días tendrás nuestro sol. Nuestro sol, en efecto, proviene naturalmente de nuestro Mercurio.

VII

Si el oro vulgar fuera disgregado en sus elementos por nuestro Mercurio, y fueran luego unidos de nuevo, toda la mixtura, gracias a la acción del fuego, se convertiría en nuestro oro; unido luego al Mercurio que hemos preparado y que llamaremos nuestra leche de virgen, este oro cocido te dará ciertamente todos los signos descritos por los Filósofos, a condición de que el fuego sea como ellos escribieron.

VIII

Pero si a nuestra decocción de oro vulgar (por puro que sea) le pusieras el mismo Mercurio que suele unirse a nuestro sol, aunque para hablar generalmente los dos provienen de la misma raíz, y si les aplicas el mismo régimen de calor que los Sabios dicen haber aplicado a nuestra piedra en sus libros, estás ciertamente en la vía del error: es el gran laberinto

donde caen casi todos los principiantes, porque los Filósofos hablan en sus libros de dos vías que en verdad no son más que fundamentalmente una, que es más directa que la otra.

IX

Así pues, aquellos que hablan de el sol vulgar, como lo hacemos alguna vez en este tratadillo, y como lo han hecho Artefio, Flamel, Ripley y muchos otros, no lo entendemos de otro modo que este: que el sol Filosófico debe hacerse del sol vulgar y de nuestro Mercurio, y que este sol, por una reiterada licuefacción, dará un azufre y un azogue (*argentum vivum*) fijo, incombustible, y una tintura a toda prueba.

X

Igualmente, y según esta manera de comprender, nuestra piedra está en todos los metales y minerales ya que se puede, por ejemplo, extraer de éstos al sol vulgar, del que se saca fácilmente nuestro sol próximo. Nuestro sol se encuentra en todos los metales vulgares, pero está más cerca en el oro y en la plata. Por ello, Flamel dice que algunos han trabajado en Júpiter, otros en Saturno; yo digo, en verdad, que trabajé en el sol y lo encontré.

XI

Hay sin embargo en el reino metálico Una cosa de admirable origen en la que nuestro sol está más cercano que en el sol y la luna vulgares; si la buscas en la hora de su nacimiento, ésta funde en nuestro Mercurio como el hielo en agua tibia y es, sin embargo, en cierto modo semejante al oro. Esto no aparece en la manifestación del sol vulgar sino por la revelación de lo que está escondido en nuestro Mercurio; éste es nuestro oro, buscado por el camino más largo, pero no tan potente todavía como el que la naturaleza nos ha dejado.

XII

Sin embargo, en la tercera rotación de la rueda, hallarás lo mismo en los dos; ésto, sin embargo, con la diferencia de que en el primero lo encontrarás en siete meses, mientras que te hará falta un año y medio, si no dos, para encontrarlo en el segundo. Conozco las dos vías, pero te aconsejo la primera como la más fácil para la gente ingeniosa, y he descrito la más difícil para no atraer sobre mi cabeza el Anatema de todos los Sabios.

XIII

Has de saber, pues, que esta es la única dificultad que existe en los libros de los hombres más sinceros: que todos dan variantes a propósito de un solo régimen, y cuando hablan de una operación, enseñan el régimen de otra, lo que me ha envuelto durante largo tiempo en una red, antes de poder desembarazarme de sus mallas. Por ello declaro que el calor ha de ser, en nuestra obra, lo más suave posible para la naturaleza, si has comprendido correctamente nuestra manera de operar.

XIV

Y si trabajas con el sol vulgar, esta obra no es propiamente nuestra obra, sin embargo conduce a nuestra obra en el tiempo requerido. Hace falta, sin embargo, una decocción bastante fuerte y un fuego proporcionado, luego debe procederse con un fuego más suave, con nuestro Atanor de torre, que es para mí digno de grandes elogios.

XV

Por ello, si hubieras operado con el sol vulgar, procura en el principio de las nupcias de tu Mercurio realizar el matrimonio de Diana con Venus, luego ponlas en un nido, y con el debido fuego verás el emblema de la gran obra, a saber: el negro, la cola del pavo real, el blanco, el citrino y el rojo. Entonces reitera en esta obra con Mercurio, que es llamado leche de virgen, dándole el fuego del baño de rocío, o como máximo el de arena templada con cenizas, y entonces, no sólo el negro, sino el negro más negro que el negro y toda la negrura, así como el blanco y el rojo perfectos, y esto a través de un proceso suave. *Dios, en efecto, no estaba en el fuego ni en el viento, pero su voz llamó a Elías.*

XVI

Por este motivo, si conoces el arte, extrae nuestro sol de nuestro Mercurio y entonces todos los secretos emergerán de una única imagen, lo cual, créeme, es más perfecto que toda la perfección del mundo, como dice el Filósofo: "Si a partir del Mercurio únicamente, puedes llevar hasta el fin la obra, serás un excelente investigador de la obra". En esta obra nada hay superfluo; todo, gracias al Dios vivo, es convertido en puro, porque la acción se hace en un solo (sujeto).

XVII

Pero si comienzas el proceso por la obra del sol vulgar, tu acción y tu pasión se harán en dos cosas, de las que sólo debe tomarse la sustancia media, desechando las impurezas. Si

meditas profundamente ésto que brevemente te digo, tendrás la llave que abre todas las contradicciones aparentes que hay entre los Filósofos. Por ello Ripley enseña a hacer girar la rueda tres veces en el *Capítulo de la Calcinación*, donde habla expresamente del sol vulgar; su triple doctrina de las relaciones concuerdan con sus proporciones, donde es muy misterioso, porque estas tres proporciones sirven para las tres operaciones.

XVIII

Hay una operación muy secreta y puramente natural que se hace en nuestro Mercurio con nuestro sol, y es a esta operación que deben ser atribuidos todos los signos descritos por los Sabios. Ésta operación no se realiza ni con el fuego ni con las manos, sino solamente con un calor interior; el calor exterior no hace más que expulsar el frío y vencer los síntomas.

XIX

Hay una segunda operación en el sol vulgar y en nuestro Mercurio que se hace con un fuego ardiente durante largo tiempo, en el que ambos cuecen, mediante Venus, hasta que la pura sustancia de ambos salga, que es el jugo de la luna. Se recogen estas abyectas impurezas, que sin embargo no son aún la piedra, sino nuestro verdadero azufre que se cuece con nuestro Mercurio, que es su propia sangre, hasta que es una piedra de fuego muy penetrante y tingente.

XX

Finalmente, hay una tercera operación, mixta, mezclándose oro vulgar con nuestro Mercurio, con el debido peso, y añadiéndole el fermento de nuestro azufre en cantidad suficiente. Entonces se realizan todos los milagros del mundo y se hace el Elixir capaz de dar a su poseedor las riquezas y la salud.

XXI

Busca, pues, con todas tus fuerzas nuestro azufre que encontrarás, créeme, en nuestro Mercurio, si el destino te llama a ello. Si no, con el tiempo y el calor debidos, prepara nuestro sol y nuestra luna en el sol vulgar. Pero este camino está lleno de espinas, e hicimos voto ante Dios y ante la equidad de que nunca declararíamos con palabras desnudas los dos regímenes distinguiéndolos. Sin embargo, juro de buena fe que en las otras cosas he declarado toda la verdad.

XXII

Toma pues este Mercurio que he descrito y mézclalo con el sol que es muy amigo suyo, y en siete, nueve o diez meses como mucho de nuestro régimen de calor, verás ciertamente lo que deseas. Ya en el espacio de cinco meses verás nuestra luna llena. Y estos son los verdaderos términos necesarios para completar este azufre, cuya cocción repetida te dará nuestra piedra y las tinturas, por la gracia de Dios, a quien toda gloria y todo honor sean dados eternamente.

XX

DE LA LLEGADA DE LA NEGRURA EN LA OBRA DEL SOL Y DE LA LUNA

I

Si hubieras trabajado sobre el Sol y sobre la Luna para encontrar nuestro azufre en ellos, examina si tu materia está hinchada como una pasta, hirviendo como el agua o más bien como pez fundida. Porque nuestro sol y nuestro Mercurio tienen un tipo emblemático en la obra del sol vulgar con nuestro Mercurio. Espera durante veinte días con el horno encendido, tiempo durante el que observarás diversos colores; hacia el final de la cuarta semana, y si el calor ha sido continuo, verás un amable verde que no desaparecerá antes de diez días, aproximadamente.

II

Alégrate entonces, porque ciertamente pronto lo verás todo negro como carbón, y todos los miembros de tu compuesto serán reducidos a átomos. En efecto, esta operación no es otra cosa que la resolución del fijo en el no fijo, a fin de que uno y otro, juntos a partir de ahora, no formen más que una materia única, en parte espiritual y en parte corporal. Por lo que ha dicho el Filósofo: "Toma un perro del Jorasán y una pequeña perra de Armenia, acóplalos y engendrarán un hijo del color del cielo". Porque sus naturalezas, tras una breve decocción se convierten en un bodrio parecido a la espuma del mar o a una bruma sucia teñida de un color lívido.

III

Y te juro de buena fe que nada he ocultado excepto el régimen, pero si eres prudente, lo deducirás fácilmente de mis palabras. Así pues, si quieres conocerlo (al régimen), toma la piedra de la que hemos hablado más arriba y llévala como sabes, y seguirán estas cosas admirables. Primeramente, cuando la piedra excitada haya sentido su fuego, el azufre y el Mercurio fluirán juntos sobre el fuego como cera, el azufre se quemará y cambiará su color día a día, y el Mercurio permanecerá incombustible, aunque estará algún tiempo teñido por los colores del azufre, pero no estará impregnado, y lavará hasta el fondo al latón de todas sus impurezas. Lleva el cielo sobre la tierra tantas veces como sea necesario hasta que la tierra conciba una naturaleza celeste. ¡Oh, santa naturaleza, que sola realizas lo que es en el fondo imposible a todos los hombres!

IV

Por ello, cuando hayas visto en tu vaso de vidrio mezclarse las naturalezas como sangre coagulada y quemada, ten por seguro que la hembra ha sufrido los abrazos del macho. Espera diecisiete días después de la desecación de la primera materia a que las dos naturalezas se conviertan en un bodrio grasiento; circularán juntas como una bruma sucia o espuma de mar, como se ha dicho, de un color muy oscuro. Entonces cree firmemente que la progenitura real ha sido concebida, porque a partir de este momento notarás en el fuego y en las paredes del vaso unos vapores verdosos, amarillos, negros y azulados. Estos son los vientos, que son frecuentes cuando se forma nuestro embrión y que hay que retener cautelosamente para que no huyan y la obra quede reducida a la nada.

V

Fíjate también en el olor, teniendo cuidado de que no se escape por ninguna fisura, pues la fuerza de la piedra sufriría por ello una merma considerable. Por ello el Filósofo manda conservar cuidadosamente el vaso con su ligadura, y te prevengo que no es preciso cesar la obra, ni mover el vaso, ni abrirlo, ni detener en ningún momento la cocción, sino cocer hasta ver extinguirse el humor, lo que ocurrirá al cabo de treinta días. Entonces alégrate y ten por seguro de que estás en la buena vía.

VI

Vigila pues la obra porque es posible que dos semanas después veas toda la tierra seca y extraordinariamente negra. Entonces se da la muerte del compuesto, los vientos cesarán, y todas las cosas se abandonarán al reposo. Este es el gran eclipse del sol y de la luna en el que ninguno de los luminares resplandecerá sobre la tierra, y el mar desaparecerá. Entonces se hace nuestro Caos, a partir del cual, por mandato de Dios, nacerán todos los milagros del mundo, en el orden que les es propio.

XXI

DE LA COMBUSTIÓN DE LAS FLORES Y DE COMO EVITARLA

I

No es un leve error, aunque se comete fácilmente, la combustión de las flores antes que sus tiernas naturalezas hayan sido extraídas en sus profundidades. Este error debe evitarse, particularmente en la tercera semana. En efecto, al principio hay tal copiosidad de humor que si riges la obra con un fuego más fuerte de lo necesario, el vaso no soportará la abundancia de los vientos y se romperá, a menos que por casualidad tu vaso sea demasiado grande. Pero entonces el humor se dispersará tanto que no podrá volver sobre su cuerpo, por lo menos, no lo suficiente como para restablecerlo.

II

Pero cuando la tierra haya empezado a retener una parte de su agua, como entonces habrá deficiencia de vapores, el fuego podrá ser llevado por encima de sus límites sin inconveniente alguno para el vaso; pero la obra será echada a perder por esta causa y producirá un color de adormidera silvestre, y al final todo el compuesto se convertirá en un polvo seco inútilmente rubificado. Juzgarás por este signo que el fuego ha sido demasiado fuerte, tanto como para haber sido enemigo de la verdadera conjunción.

III

Has de saber que nuestra obra requiere una verdadera mutación de las naturalezas, que no puede hacerse si no se hace la unión de la una con la otra, y no pueden unirse más que en forma de agua. Pues no hay unión de los cuerpos, sino un choque sin que pueda haber unión de un cuerpo y un espíritu en la menor parte; pero los espíritus podrán unirse bien entre ellos. Por ello se requiere un agua metálica homogénea, cuyo camino se prepara mediante una calcinación previa.

IV

Sin embargo, esta desecación no es una verdadera desecación, sino la reducción en átomos muy sutiles, gracias al tamiz de la naturaleza, del agua mezclada con la tierra, agua que exige cierta reducción para que la tierra reciba el fermento transmutador del agua. Pero con un calor más violento del que ha de ser, esta naturaleza espiritual, habiendo sido como golpeada mortalmente por un mazo, de activa se hace pasiva y de espiritual corporal, es decir, un precipitado rojo inútil que con el calor debido su color se convertirá en la negrura del cuervo que, aunque es negro, es un color sumamente deseable.

V

Se ve a veces al principio de la verdadera obra un color rojo insigne que procede de una copiosidad conveniente de humor y muestra que el cielo y la tierra se han unido y han concebido el fuego de natura, por ello todo el interior del vaso se teñirá de un color áureo, y este color no durará, y pronto será engendrado el verde; entonces espera durante un poco de tiempo el negro y, si eres paciente verás realizarse tus deseos; avanza lentamente y continúa sin embargo aplicando un fuego válido, y entre Escila y Carbdis como un experimentado Nauta, dirige tu navío, si deseas recoger la riqueza de una y otra Indias.

VI

Algunas veces verás como pequeñas islas, espigas y ramilletes de diversos colores aparecer sobre las olas y sobre los lados, que se disolverán rápidamente y surgirán otros. La tierra, en efecto, ávida de germinación, produce siempre alguna cosa, y algunas veces te imaginarás que ves en el vaso aves, bestias o reptiles y colores agradables a la vista que pronto desaparecerán.

VII

Todo consiste en que continúes constantemente con el fuego debido y todos estos (fenómenos) acabarán en un polvo de un color muy negro antes de cincuenta días. Si no, la culpa será de tu Mercurio o de tu régimen, o de la disposición de la materia, a menos que por azar hayas movido o agitado el vaso lo que te hará alargar la obra o incluso perderla finalmente.

XXII

DEL RÉGIMEN DE SATURNO. QUÉ ES Y PORQUÉ SE LLAMA ASÍ

I

TODOS los magos que escribieron sobre este tratado filosófico han hablado de la obra y del régimen de Saturno, lo que muchos entendieron equivocándose y cayeron en diversos errores, algunos a causa de sus prejuicios, otros a causa de una confianza demasiado grande en estos escritos, han trabajado sobre el plomo pero con poco provecho. Has de saber que nuestro plomo es más precioso que cualquier plomo. Es el limo donde el alma del oro se junta con el Mercurio para producir luego a Adán y a Eva, su esposa.

II

Por ello él, el más grande, se ha humillado hasta tal punto de tomar el último lugar, esperando la redención de todos sus hermanos en su sangre. Así, la tumba donde nuestro rey está sepultado, se llama Saturno en nuestra obra, y es la llave de la obra de la transmutación. Feliz aquel que pueda saludar a este planeta de lenta marcha. Ruega a Dios, hermano, que te haga digno de esta bendición, pues no depende de aquel que la busca o la desea, si no únicamente del Padre de las luces.

XXIII

DE LOS DIVERSOS REGÍMENES DE ESTA OBRA

I

TEN por seguro, estudioso aprendiz, que de toda la obra de la piedra sólo permanece escondido el régimen, del que el Filósofo ha dicho esta verdad: aquél que tendrá su conocimiento científico será honrado por los Príncipes y los Magnates de la tierra. Y de buena fe te juro que si este fuera expuesto abiertamente, los mismos necios se burlarían del arte.

II

De hecho, una vez conocido, todo se reduce a un trabajo de mujeres y un juego de niños: basta con cocer. Por ello los Sabios ocultaron con gran arte este secreto y cree firmemente que yo he hecho lo mismo, aunque parezca que he hablado del grado de calor; sin embargo como me he propuesto e incluso prometido hablar con franqueza en este tratadillo, algo debo hacer para no decepcionar la esperanza y el trabajo de mis estudiosos lectores.

III

Has de saber que nuestro régimen es uno y lineal en toda la obra, esto es, cocer y digerir; y sin embargo este régimen único contiene a muchos otros en sí mismo, que los envidiosos han ocultado bajo diversos nombres y descrito bajo varias operaciones. Nosotros manifestaremos más claramente el candor que hemos prometido, lo que es, en este tema, manifestar un candor insólito.

XXIV

DEL PRIMER RÉGIMEN DE LA OBRA QUE ES EL DE MERCURIO

I

HABLAREMOS primeramente del régimen de Mercurio, que es un secreto a propósito del cual ninguno de los sabios se ha expresado nunca. Estos han comenzado, por ejemplo, en la segunda operación o régimen de Saturno, y no han mostrado al principiante ninguna luz antes del signo capital de la negrura. En esto ha callado el buen Conde Bernardo Trevisano que enseña en su parábola que el Rey, cuando viene a la fuente, dejando atrás a todos los extranjeros, entra solo en el baño, revestido de un vestido de oro, del que se desembaraza y lo entrega a Saturno, del cual recibe uno de seda negra. Pero no enseña cuanto tiempo pasa antes de que se desembarace de este vestido de oro, y pasa por alto todo un régimen de quizás cuarenta o cincuenta días, tiempo durante el que, sin un guía, los pobres principiantes caen en experimentos inciertos. Desde la llegada de la negrura hasta el final de la obra, sin duda el artista es reconfortado por nuevos signos que aparecen, pero reconozco que sin un guía es fastidioso errar durante cincuenta días, sin indicaciones ni garantías.

II

Por ello digo que desde la primera ignición hasta la negrura, todo el intervalo de tiempo es el régimen de Mercurio; del Mercurio Filosófico, que opera solo durante todo este tiempo, permaneciendo muerto su compañero hasta el momento conveniente, y esto nadie lo ha declarado antes que yo.

III

Por lo cual, una vez unidos (*conjunctis*) los materiales, que son el sol y nuestro Mercurio, no creas con los Alquimistas vulgares que la puesta de sol llega pronto. Ciertamente no. Mucho esperamos antes de que se hiciera la tolerancia (*patientia*) entre el agua y el fuego, y esto lo han enseñado brevemente los envidiosos cuando en la primera operación han llamado a su materia Rebis, esto es, confeccionada con dos cosas, como dice el poeta: *Rebis es una cosa compuesta de dos cosas, pero sin embargo una. Se disuelve para que los primeros espermas sean o Sol o Luna.*

IV

Ciertamente, has de saber que aunque nuestro Mercurio devore al Sol, no es de la forma que creen los Filosofastros Químicos. Porque aunque juntaras el sol con nuestro Mercurio, después de una espera de un año, recuperarás al sol intacto y en plena posesión de su virtud primitiva, si no lo has cocido en el grado de calor que le es conveniente. Aquel que afirme lo contrario, no es un Filósofo.

V

Se imaginan, aquellos que están en la vía del error, que disolver los cuerpos es operación tan fácil que creen que el oro inmerso en el Mercurio de los Sabios, debe ser devorado en un abrir y cerrar de ojos, entendiendo mal el pasaje del Conde Bernardo Trevisano, donde habla de su libro de oro irrecuperablemente inmerso en la fuente. Aquellos que sudaron en la disolución de los cuerpos pueden atestiguar sobre la verdadera dificultad de esta operación. Yo mismo, que a menudo he sido testigo ocular, atestiguo que es necesaria una gran sutilidad para regir el fuego después de la preparación de la materia, a fin de disolver debidamente los cuerpos sin quemar sus tinturas.

VI

Atiende pues a mi doctrina, toma el cuerpo que te he mostrado y ponlo en agua de nuestro mar y cuécelo con el fuego continuo que le conviene hasta que asciendan el rocío y las nubes, y caigan en forma de gotas, noche y día sin interrupción. Has de saber que el Mercurio asciende por esta circulación a su naturaleza primitiva, hasta que después de largo tiempo, el cuerpo empieza a retener un poco de agua, y así participan uno y otro de sus cualidades.

VII

Pero como toda el agua no asciende por sublimación y permanece aún una parte de ella con el cuerpo en el fondo del vaso, por esto el cuerpo es continuamente hervido y filtrado en esta agua, mientras que las gotas, al caer, perforan la masa residual, y el agua es hecha

más sutil por esta circulación continua, y finalmente extrae delicada y suavemente el alma del sol.

VIII

Así, mediante el alma, el espíritu se reconcilia con el cuerpo y la reunión de ambos se realiza en el color negro, y esto, como mucho, al cabo de cincuenta días. Se dice que esta operación es el régimen de Mercurio, ya que el Mercurio circula elevándose, mientras que en él hierve el cuerpo del sol, abajo; y este cuerpo en esta operación es pasivo hasta el momento de la aparición de los colores, que aparecen parcamente después de más o menos veinte días de una ebullición firme y continua. Después los colores se refuerzan y se multiplican y varían hasta la perfección en el negro muy negro que te será dado en el cincuentavo día, si los astros te llaman.

XXV

DEL SEGUNDO RÉGIMEN DE LA OBRA QUE ES EL DE SATURNO

I

ACABADO el régimen de Mercurio, cuyo trabajo consiste en despojar al Rey de sus vestiduras de oro, agitar y extenuar al león con varios combates hasta la más grande fatiga, aparece el próximo que es el régimen de Saturno. En efecto, DIOS quiere, para llevar a buen término la obra, y es la ley de esta escena, que la salida de uno sea la entrada de otro, la muerte de uno, el nacimiento de otro. Apenas el Mercurio ha terminado su régimen, entra su sucesor Saturno, que obtiene justamente la sucesión en el imperio. Al morir el león, nace el cuervo.

II

Este régimen es también lineal respecto al color, puesto que no hay más que un color, el negro perfecto; ya no se ve ni humo, ni viento, ni ningún síntoma de vida y ora está seco el compuesto, ora forma una especie de polvo fundido. ¡Oh, triste espectáculo, imagen de la muerte eterna, pero qué agradable mensajero conductor para el Artista! pues no es una negrura común, sino brillante, más que el más intenso de los negros. Y cuando veas a tu materia hinchándose en el fondo del vaso, como una pasta, alégrate: es que allí está encerrado el espíritu vivificante, y cuando lo juzgue oportuno, el Todopoderoso dará vida a estos cadáveres.

III

Al menos tú cuida del fuego que has de regir con sano juicio, y te juro de buena fe que si a fuerza de aumentarlo hicieras sublimar alguna cosa en este régimen, perderás irrecuperablemente toda la obra. Estáte pues contento con el buen Trevisano de ser retenido en la cárcel durante cuarenta días y cuarenta noches, y permite que permanezca la tierna materia en el fondo, que es el nido de su concepción. Ten por seguro que, transcurrido el período determinado por el Todopoderoso para esta operación, el espíritu resurge glorioso y glorificará a su cuerpo, ascenderá, digo, y circulará suavemente, sin violencia, y ascenderá desde el centro hasta los cielos y redescenderá de los cielos al centro, recogiendo la fuerza de lo superior y de lo inferior.

XXVI

DEL RÉGIMEN DE JÚPITER

I

AL negro Saturno le sucede Júpiter, que es de un color diferente, pues después de la putrefacción necesaria y de la concepción hecha en el fondo del vaso, por la voluntad de DIOS, verás de nuevo colores cambiantes y una sublimación circulante. Este régimen no es largo, no dura más de tres semanas. Durante este tiempo aparecerán todos los colores imaginables, de los que no se puede dar ninguna referencia cierta. Las lluvias se multiplicarán a lo largo de estos días, y finalmente, después de todo ello, se mostrará en las paredes del vaso una blancura bellísima a la vista en forma de estrías o cabellos.

II

Entonces alégrate, pues ha terminado felizmente el régimen de Júpiter. La prudencia debe ser en este régimen la mayor posible. Para que las crías de los cuervos, cuando hayan dejado el nido, no entren en él de nuevo.

También para no extraer el agua con tan poca moderación que le falte a la tierra que quede y sea árida e inútil en el fondo del vaso. En tercer lugar, para no regar la tierra excesivamente hasta el punto de ahogarla. Todos estos errores los remediará un buen régimen de calor exterior.

XXVII

DEL RÉGIMEN DE LA LUNA

I

DESPUÉS de estar totalmente terminado el régimen de Júpiter, al final del cuarto mes te aparecerá el signo de la luna creciente, y has de saber que todo el régimen de Júpiter estuvo consagrado a blanquear el latón. El espíritu que limpia es muy blanco en su naturaleza, pero el cuerpo limpiado es de un negro negrísimo. En este tránsito del negro al blanco aparecerán todos los colores intermedios, y cuando estos desaparecen, todo se vuelve blanco; un blanco que no es de una blancura deslumbrante desde el primer día, pero que aparece muy gradualmente del blanco al blanquísimo.

II

Y has de saber que en este régimen todo se vuelve, a la vista, tan líquido como el azogue (*argenti vivi*) y a ésto se le llama la sigilación (*sigillatio*) de la madre en el vientre de su hijo, que ella ha engendrado; hay en el régimen varios colores, momentáneos, bellos y que desaparecen rápidamente, pero más cercanos del blanco que del negro, del mismo modo que en el régimen de Júpiter participaban más del negro que del blanco. Has de saber que el régimen de la Luna será acabado en tres semanas.

III

Antes de que acabe, el compuesto revestirá mil formas. Pues creciendo los ríos antes de toda coagulación, se licuará y se coagulará cien veces por día. Algunas veces aparecerá como ojos de pescado, otras imitará la forma de un árbol de plata pura con ramas y follaje. En una palabra, estarás a cada momento estupefacto y admirado por todo lo que verás.

IV

Y finalmente, tendrás unos granos muy blancos, tan finos como átomos de sol, más bellos de lo que nunca vio ningún ojo humano. Demos gracias inmortales a DIOS nuestro que ha producido esta obra. Es en efecto la verdadera tintura perfecta al blanco aunque solamente de primer orden y por consiguiente de exigua virtud respecto a la virtud admirable que adquirirá por la repetición de la operación.

XXVIII

DEL RÉGIMEN DE VENUS

I

LO más admirable de todas estas cosas, es que nuestra piedra enteramente perfecta y capaz de dar una perfecta tintura, por su propia voluntad, se humilla de nuevo y prepara, sin que ninguna mano le ayude, una nueva volatilidad. Pero si la retiras de su vaso, la misma piedra, encerrada de nuevo en otro, se enfriará y en vano intentarás llevarla más lejos. La razón demostrativa de ello ni yo, ni ningún Filósofo antiguo podemos dártela, sino que tal es la voluntad de DIOS.

II

Al menos en este Régimen, presta atención a tu fuego, pues ésta es la ley de la piedra perfecta para que sea fusible; por ello, si aumentaras un poco tu fuego, la materia se vitrificaría y se pegaría a las paredes del vaso y no podrías seguir. Y esta es la vitrificación de la materia contra la que tantas precauciones toman todos los Filósofos y que, antes y después de que sea perfecta la obra al blanco, les suele llegar accidentalmente a los incautos; se corre este riesgo pasada la mitad del régimen de la Luna y el séptimo o el décimo día del régimen de Venus.

III

Por ello se tiene que aumentar muy poco el fuego, para que el compuesto no se vitrifique, es decir, que no se licúe pasivamente como cristal, mientras que con un calor benigno, se licuará por sí mismo, se hinchará y por la voluntad de DIOS será dotado de un Espíritu que volará hacia arriba (*sursum volabit*) y llevará consigo a la piedra, y le dará nuevos colores, primero el verde de Venus, que durará bastante tiempo, no desapareciendo totalmente hasta al cabo de veinte días, a continuación vendrá el azul y el color amoratado y después, hacia el final del régimen de Venus, un púrpura pálido y oscuro.

IV

Ten cuidado en esta operación no irrites demasiado el espíritu, porque es más corporal que antes y si lo dejas escapar hacia lo alto del vaso, difícilmente te bajará por sí mismo. Esta precaución debe ser observada en el régimen de la Luna, cuando el espíritu comenzará a espesarse; entonces se le tratará suavemente y no con violencia para que no se fugue hacia lo alto del vaso y lo que está en el fondo se queme o al menos se vitrifique, conduzca a la destrucción de la obra.

V

Cuando hayas visto el color verde, has de saber que contiene una virtud germinativa. Entonces ten cuidado con ello, no sea que un calor excesivo haga degenerar este verde a negro, y rige el fuego con prudencia: tendrás acabado este régimen después de cuarenta días.

XXIX

DEL RÉGIMEN DE MARTE

I

TERMINADO el régimen de Venus, cuyo color es básicamente verde, algo enrojecido de púrpura oscuro, algunas veces amoratado, habrán crecido durante este tiempo en el árbol Filosófico ramas de diversos colores con hojas y ramas; le sucede el régimen de Marte, que algunas veces es amarillento, un amarillo diluido de marrón y que exhibe gloriosamente los colores transitorios del Iris y del Pavo Real.

II

Entonces el estado de la composición se hace más seco y la materia toma formas variadas y fantasmagóricas. El color que aparece más a menudo es el de jacinto con un toque Dorado. Es aquí cuando la madre sellada en el vientre de su hijo surge y se purifica; y esta pureza donde se baña el compuesto es tal que hace que la podredumbre se evapore (*exudet*). Pero los colores que sirven de base a todo este régimen son oscuros, habiéndolos sin embargo, de tanto en tanto, muy agradables de ver.

III

Has de saber que nuestra tierra virgen sufre su última labor para que se siembre y madure en ella el fruto del sol, continúa, pues, con el calor conveniente y ciertamente verás, hacia el trigésimo día de este régimen aparecer un color citrino que, dos semanas más tarde de su primera manifestación lo imbuirá todo con su color citrino.

XXX

DEL RÉGIMEN DEL SOL

I

TE aproximas ahora al final de tu obra y casi has acabado tu trabajo. Ahora todo aparece como oro purísimo y la leche de la virgen con la que imbibes esta materia se hace citrina en gran manera. Da gracias a DIOS, dador de todos los bienes, que condujo la obra hasta aquí y ruégale de rodillas que dirija sin interrupción tu juicio, no sea que por precipitación pierdas tu obra tan cerca de la perfección.

II

Considera ahora que si has esperado cerca de siete meses no sería juicioso aniquilarlo todo en una sola pequeña hora. Has de ser más cauteloso cuanto más te aproximas a la perfección. Si fuiste verdaderamente cauteloso en los pasos, se te presentarán estos signos: Observarás sobre el cuerpo una especie de sudor citrino, luego vapores citrinos que, sedimentando el cuerpo (*subsidente corpore*), se teñirán de violeta, y algunas veces de púrpura.

Después de una espera de catorce o quince días, en este régimen del sol, observarás que la materia es húmeda en su mayor parte, aunque pesada; sin embargo será transportada toda en el vientre del viento.

Finalmente, hacia el vigesimosexto día de este régimen comenzará a secarse; entonces se hará líquida y se congelará, y se hará líquida y se congelará, y se hará líquida de nuevo, cien veces por día, hasta que comience a volverse granulosa; y aparecerá completamente disociada en pequeños granos, luego se concentrará de nuevo y revestirá día a día formas espectrales (*formarum larvas*) y esto durará más o menos tres semanas.

III

E incluso al final, por voluntad de Dios, tu materia irradiará una luz que no podrías imaginar. Entonces espera en breve tiempo el final, que verás al cabo de tres días, cuando la materia formará granos como átomos de sol y será de un color tan interesante rojo que al lado del rojo más notable parecerá ennegrecer como una sangre muy pura coagulada, y no creerías nunca que el arte podía crear nada comparable a este elixir. Es una criatura tan admirable que no tiene par en la naturaleza entera, no habiendo nada exactamente similar a ella.

XXXI

DE LA FERMENTACIÓN DE LA PIEDRA

I

RECUERDA por otra parte que has encontrado un azufre rojo incombustible que no puede ser llevado más lejos de sí mismo, sea cual sea el fuego, y sé muy cauteloso, pues lo he omitido en el capítulo precedente, en el régimen del sol citrino, antes del advenimiento del hijo sobrenatural vestido con púrpura de Tiro, no vitrifiques tu materia por una ignición indebida, pues entonces se volvería insoluble y, por consiguiente, no se congelaría en átomos tan bellos y tan rojos. Sé, pues, prudente, no privándote de un tesoro tal.

II

Sin embargo, no creas encontrar aquí el final de tus trabajos; has de seguir más lejos para obtener el Elixir a partir de este azufre después de un nuevo giro de rueda. Toma, pues, tres partes de sol muy puro, una parte de azufre ígneo (puedes tomar cuatro partes de sol y una quinta de azufre, pero la proporción precitada es mejor). Funde el sol en un crisol limpio e introdúcele tu azufre, pero con precaución, no lo eches a perder a causa del humo de los carbones.

III

Haz de modo que todo esté en fusión, luego viértelo en un lingotero y obtendrás una masa polvorienta de un bello color rojo muy intenso y apenas transparente. Toma una parte de esta masa reducida a fino polvo, dos partes de tu Mercurio Filosófico, mézclalas bien e introdúcelas en un vaso y rige el fuego como antes y en dos meses verás pasar todos los regímenes de los que he hablado, en su orden.

XXXII

LA IMBIBICIÓN DE LA PIEDRA

I

SE que muchos autores toman en esta operación a la fermentación por el agente interior invisible, al que llaman fermento, cuya virtud fugitiva hace espesar espontáneamente a los espíritus tenues sin que haya que ponerles la mano, en cuanto a nuestro procedimiento de fermentación, al que acabamos de referirnos, lo llaman la cebación con pan y leche, etc..., es la opinión de Ripley.

II

Pero yo no suelo citar a los demás ni jurar por sus escritos, y en una cuestión conocida por mi como por ellos, mantendré mi propia libertad de opinión.

III

Existe, pues, otra operación por la que la piedra aumenta más en calidad que en cantidad, o sea, toma tu azufre perfecto, ya sea blanco, ya sea rojo, y junta a estas tres partes de azufre una cuarta parte de agua, y tras un poco de negrura y una cocción de seis o siete días, tu agua recientemente añadida se espesará como tu azufre.

IV

Añade entonces una cuarta (¿parte de agua?), no respecto a todo el compuesto que ya ha coagulado una cuarta parte después de la primera imbibición, si no respecto a la primera de tu azufre que tomaste al principio: cuando se haya secado añádele otra cuarta parte que coagularás con el fuego conveniente; ponle entonces dos partes de agua con respecto a las tres partes de azufre que tomaste primero, antes de la primera imbibición e imbíbelo y congélalo tres veces en esta proporción.

V

Finalmente, para la séptima imbibición, pon cinco partes de agua respecto al azufre que tomaste al principio, que pondrás y sellarás en tu vaso, y con un fuego igual al primero haz de modo que todo el compuesto pase por todos los regímenes que hemos descrito, lo que durará, a lo sumo, un mes. Tendrás entonces la verdadera piedra de tercer orden de la que una sola parte proyectada sobre diez mil, las teñirá perfectamente.

XXXIII

LA MULTIPLICACIÓN DE LA PIEDRA

I

PARA hacer esto no existe otro modo que tomando la piedra perfecta y unir una parte de ella con tres, o a lo sumo cuatro, partes de Mercurio de la primera operación, y regirlo con el debido fuego durante siete días, con el vaso estrictamente cerrado; para un mayor placer, todos los regímenes pasarán y la piedra obtendrá una virtud mil veces mayor que antes de su multiplicación.

II

Y si intentas esto (esta operación) de nuevo, recorrerás en tres días todos los regímenes y será una medicina mil veces más fuerte y tingente todavía.

III

Y si todavía deseas repetirlo, en un día natural harás pasar la obra por todos los regímenes y colores; si intentaras una vez más la experiencia, una sola hora bastaría, pero entonces ya no podrás imaginar la virtud de tu piedra. Será tal que superará la capacidad de tu ingenio si alguna vez empezaras por quinta vez la multiplicación.

Recuerda pues el dar eternamente gracias a DIOS, pues tienes en tu poder el tesoro entero de la naturaleza.

XXXIV

DE LA MANERA DE REALIZAR LA PROYECCIÓN

I

TOMA tu piedra perfecta como ha sido dicho, ya sea la blanca o la roja, y para la calidad de medicina toma cuatro partes de cada uno de los luminares, fúndelos en un crisol limpio y ponle de tu piedra según la especie de luminar fundido, blanco o rojo, y luego vierte la mezcla en un cono y tendrás una masa polvorienta, toma una parte de esta mezcla y diez partes de Mercurio bien lavado (*bene loti*); calienta el Mercurio hasta que comience a crepitar, entonces introduce tu mezcla que penetra en un abrir y cerrar de ojos. Hazlo fundir en un fuego aumentado y toda la mezcla será una medicina de orden inferior.

II

Toma entonces una parte de ésta y proyéctala sobre cualquier metal fundido y purgado, tanto como tu piedra pueda teñir y tendrás oro y plata tan puro, que más puro no lo dará la naturaleza.

III

Es sin embargo preferible hacer la proyección por grados hasta que cese la tintura porque proyectando una cantidad de piedra tan pequeña sobre una cantidad tal de metal, a menos que la proyección se haga sobre Mercurio, es notable el desperdicio de medicina, a causa de las escorias que se adhieren a los metales impuros. Por ello mejor purgados están los metales antes de la proyección, más felizmente sucede el trabajo sobre el fuego.

XXXV

DE LOS MÚLTIPLES USOS DE ESTE ARTE

I

AQUEL que ha realizado (*elaborabit*) una sola vez este arte, gracias a la bendición de DIOS, no sé que puede desear en este mundo sino poder servir a Dios sin distracción, al amparo de todos los engaños y falacias de los hombres. ¡Que cosa vana sería anhelar la vulgar pompa exterior! Por el contrario, no es ésto lo que tienta el corazón de aquellos que están versados en este arte, pues más bien la rechazan y condenan.

II

A aquel que ha sido beatificado por DIOS con este talento le están abiertos otros campos de voluptuosidad que son mucho más dignos de la admiración popular.

1) Primero, si viviera mil años y alimentara cotidianamente a un millón de hombres, no le faltaría nunca nada, ya que podría multiplicar la piedra a su gusto, tanto en cantidad como en calidad. De modo que este hombre, si fuera un adepto, si lo deseara, podría teñir todos los metales en oro o en plata verdadero.

2)Segundo, podría confeccionar con este arte piedras preciosas y gemas que no se podrán comparar con todas aquellas hechas en la naturaleza sin este arte.

3)Tercero, y finalmente, posee una medicina universal tanto para la prolongación de la vida como para curar todas las enfermedades. Un solo Adepto, por lo menos, valdría para curar todos los enfermos del mundo entero.

III

Alabemos sin cesar al Rey eterno e inmortal y solo todopoderoso, por sus dones inenarrables y sus tesoros inestimables.

IV

A aquel que goza de este talento, le aconsejo que lo utilice para el honor de DIOS y la utilidad del prójimo, para que no aparezca como ingrato a los ojos de DIOS que le ha confiado este don precioso, y no se vea condenado en el último día.

V

Esta obra fué empezada en el año 1645 y acabada por mí, que he declarado y declaro abiertamente estos Arcanos, sin buscar aplausos sino deseando ayudar como un amigo y hermano a aquellos que se interesan sinceramente por este arte oculto, firmo IRENEO FILALETEO, Inglés de nacimiento, habitante del Universo.